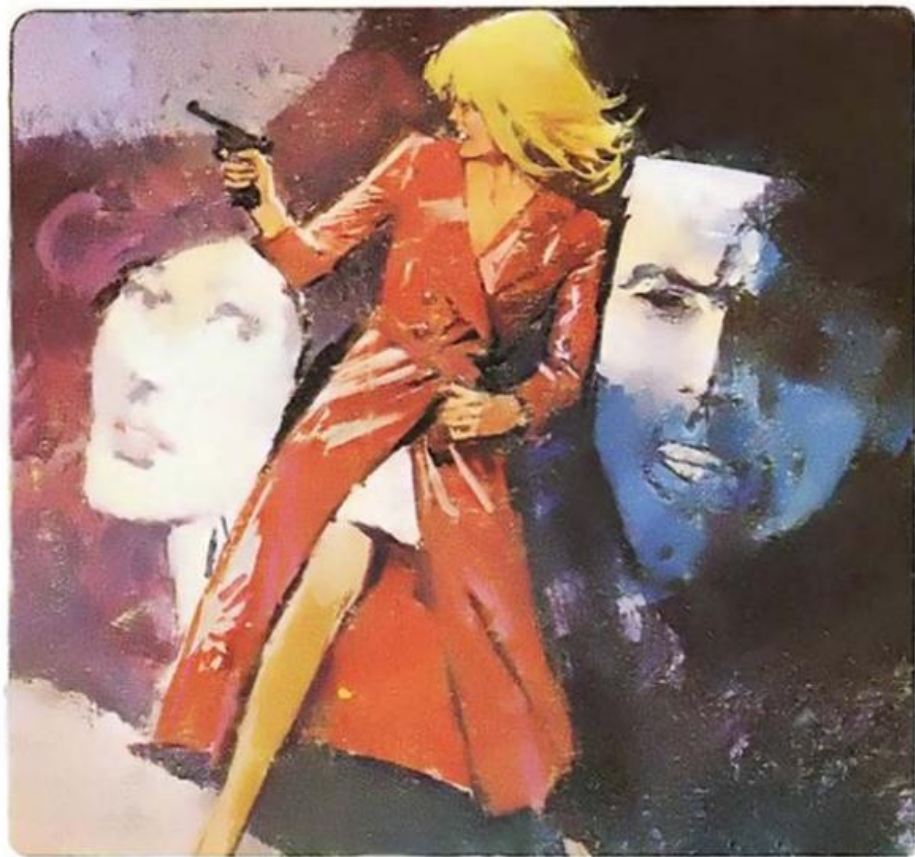




Lou CARRIGAN

MIEL Y MOSCAS





eb

LOU CARRIGAN

MIEL Y MOSCAS

Colección LA HUELLA n.º 96
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 30.908 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta Colección: setiembre, 1976

© Lou Carrigan - 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

El jurado de un concurso de belleza se habría visto muy apurado para decidir cuál de las dos era más bonita. Seguramente, si los miembros de ese jurado hubiesen sido doce se habrían pronunciado seis a favor de cada una. Un resultado, al parecer, justo, pero que no lo sería, ya que ambas habrían merecido el premio entero, no la exacta partición.

Estaban tendidas en la playa, sobre grandes toallas de colorines. Al lado tenían sendos parasoles, también de colorines, pero no los utilizaban; lo bueno, precisamente, era tomar el sol de mayo, en plena Costa Azul. Y a eso se dedicaban las dos, graciosísimas con sus diminutísimos bikinis. Una era rubia y la otra tenía un tono entre castaño y rojizo... Seguramente eso era lo único que decidiría a un hombre a elegir a una o a otra. Dependía de cómo le gustasen: rubitas o casi pelirrojas.

Ante ellas, el azul Mediterráneo, brillante al sol, con sus blancas espumas en la playa, y a lo lejos, como manchitas que rompían la monotonía del mar. A un lado, un bonito embarcadero, con un espléndido yate de cien toneladas, quizá algo más. También un par de lanchas. Detrás había un cobertizo de ladrillos rojos y tablas pintadas de blanco, destinado a cobijar las lanchas en el mal tiempo y a depósito de instrumentos deportivos acuáticos. Más atrás, la villa.

Una villa blanca y roja, con persianas azules de madera, que se divisaba entre los pinos. Una villa grande, lujosa, magnífica, con una piscina modernísima, o sea, de formas irregulares, y con una palanca y un par de trampolines. También había una pista de tenis. Y un hermoso jardín, que ponía diversos puntos de colores entre el verdor de los pinos.

Un hombre práctico preferiría la villa a las dos hermosas muchachas en bikini, que se quedarían esperando a otro hombre, más romántico.

¿Cómo sería el hombre que se acercaba a la playita privada en una velocísima lancha roja? ¿Romántico o práctico?

—¿Lo conoces? —preguntó Fanny.

—No —dijo Claudia—. No lo veo muy bien todavía, pero creo que no.

—Pues va a tener dificultades si desembarca aquí.

—Peor para él.

Fanny era la rubita. Claudia, la casi pelirroja. La primera tenía los ojos azules; la segunda, verdes. En total, un conjunto de luces que podía deslumbrar a cualquiera.

La lancha roja llegó, finalmente, a la orilla, y quedó envarada de proa allí. El hombre que la tripulaba tiró un anclote al agua. Luego, desde la brillante proa roja, saltó a la arena, ágilmente, con soberbia elasticidad muscular. Llevaba pantalones blancos, zapatillas de lona, blancas también, un jersey castaño de hilo, de manga corta, y una gorra blanca y azul, de yachtman.

Fue directo hacia las dos bellísimas muchachas, sonrió, y se quitó la gorra, dejando escapar sus largos, casi greñudos, cabellos rubios y rizados. Su aspecto era tal, que las dos muchachas empezaron a lamentar el hecho inevitable de que el recién llegado tuviese que marcharse a toda prisa por donde había venido. Alto, ojos dorados de un modo en verdad sorprendente, barbilla puntiaguda, ancho de hombros, atlético en todos sus detalles... Lo menos debía medir seis pies. Un tipo guapo a lo serio, varonil, con dientes muy blancos y sonrisa simpática, aunque quizá, en el fondo, quedaba un gesto... seco, áspero.

—Buenos días —saludó.

—Muy buenos, señor —sonrió Fanny.

—Si va usted a Jean-les-Pins, es un poquito más hacia el Este. Si va a Carmes, es bastante más hacia el Oeste —dijo Claudia.

—¿Y si voy a la villa del señor Blasius Fabesham?

—Entonces, es aquí —rió la rubita.

—De donde se desprende que mis facultades de navegante son perfectas... ¿Podría ver al señor Fabesham?

—El señor Fabesham está siempre muy ocupado —dijo Claudia

—. Si usted tiene algún asunto que quiera proponerle, puede decírmelo a mí. Soy su secretaria.

—Buen gusto el del señor Fabesham. Y por partida doble, según veo.

—No, no —volvió a reír Fanny—. Yo sólo soy su hija. ¿Y usted?

—Yo no.

—¿Cómo?

—Digo que yo no soy hija del señor Fabesham.

Ahora rieron las dos. Se sentaron sobre la toalla y miraron todavía con más interés al rubio y apuesto navegante solitario. Sí... Era una lástima que tuviera que marcharse tan pronto de allí.

—¿Qué quiere decirle al señor Fabesham? —preguntó Claudia.

—He dicho que quiero verle a él, no a usted. A veces hay que tomarse la vida en serio.

—¿Negocios?

—Negocios, exactamente.

—No le recibirá. Nunca recibe a nadie. El señor Fabesham sabe cómo hacer negocios sin ayuda de nadie. Le aconsejo que regrese a su punto de partida, señor... como se llame.

El señor «como-se-llame» estaba mirando hacia la pineda, a los dos hombres que aparecían por allí, con paso rápido, que se entorpeció cuando llegaron a la arena. Dos tipos altos, fuertes, de aspecto en verdad rudo. Frunció el ceño y volvió a mirar a Claudia, que sonrió burlonamente.

—Créame, señor como se llame: es mejor que se vaya..., ahora. Está usted en una propiedad privada. Y el señor Fabesham es muy celoso de sus cosas.

—Esos tipos que vienen parecen dos matones.

—Lo son —rió Fanny—. Pero no le harán daño hasta que yo los autorice. Adiós, señor. Buenos días.

Los dos hombretones llegaron allí. Se detuvieron a un lado de las muchachas, mirando torvamente al visitante desconocido. Éste sonrió simpáticamente y volvió a mirar a Claudia de nuevo.

—Tengo la impresión de que si el señor Fabesham viese mi tarjeta, me recibiría. ¿Qué pierden ustedes probando?

—Déjeme ver su tarjeta —dijo Claudia—. Y yo misma podré decidir si el señor Fabesham sentirá o no sentirá interés por usted.

El rubio atleta sacó de un bolsillo una pequeña billetera de

plástico, hermética. La abrió, sacó una tarjeta y la entregó a Claudia, que le echó un vistazo, con escaso interés. Pero, al instante, pareció que el interés aumentaba considerablemente, al tiempo que un gesto de sorpresa aparecía en su lindo rostro.

Lo que veía escrito en la tarjeta, a mano, en mayúsculas, era esto:

DIEZ MILLONES DE DÓLARES, S. A.

—¿Éste es su nombre? —musitó la secretaria.

—Por el momento, sí. Un nombre interesante, ¿no cree?

—Bastante. Usted no parece americano.

—Quizá es que no lo soy... ¿Por qué habría de serlo? ¿Es que los buenos negocios sólo saben hacerlos los americanos?

Claudia quedó pensativa unos segundos. De pronto, tendió la tarjeta a uno de los hombretones.

—Llévale esto al señor Fabesham, Luigi. Tú también puedes retirarte, Korzec. Decidle lo que ocurre aquí.

—Y díganle también que el Martini me gusta con mucho hielo y unas gotitas de vodka... —dijo el rubio visitante.

Korzec y Luigi se alejaron, y Fanny se quedó mirando divertida al bello navegante.

—Martini y vodka... ¡Qué horror!

—No me digas... Hay quien le echa ginebra o amargante, o le pone rodajas de limón... Yo prefiero vodka. ¿Qué hay de horroroso en ello?

—Es cuestión de gustos, realmente —sonrió Claudia—. ¿No quiere sentarse, señor Diez Millones? Si sigue ahí plantado acabará por dolernos el cuello. ¿Por qué ha de haber hombres tan altos?

Diez Millones se sentó junto a Claudia, en la toalla de colorines. Vio el paquete de cigarrillos y el encendedor, y se apropió de uno. Las dos mujeres lo miraban con vivo interés puramente femenino. A cada segundo, aquel hombre resultaba más y más atractivo.

—Me gustaría vivir en un sitio así —dijo—. Pero supongo que debe resultar un poco caro.

—Regular. Pero eso no debería decirlo un hombre que tiene diez millones de dólares, ¿no le parece?

—No he dicho que los tenga.

—Oh...

—Es sólo un negocio. Esperemos que sea del interés de su padre, señorita Fabesham.

—Un negocio de diez millones sería del interés de cualquiera. Pero papá es un poco... especial. Quizá no le reciba, de todos modos.

—Apuesto a que sí. Mientras tanto, podemos charlar de cosas del mundo...

CAPÍTULO II

—El señor Fabesham le está esperando —dijo Luigi.

Diez Millones miró irónicamente a los dos hombretones. Se puso en pie, sonrió a las dos muchachas y movió una mano.

—Una charla simpática. Estoy seguro de que seguiremos viéndonos con frecuencia... durante algún tiempo. Hasta luego.

Korzec señalaba hacia la villa, y el rubio navegante tomó el rumbo adecuado. Cruzaron la pineda, los jardines, pasaron junto a la piscina... Había dos hombres más, de características parecidas a Luigi y Korzec rondando por allí, y el rubio volvió a mostrar un destello irónico en sus sorprendentes ojos dorados.

Llegaron al hermoso pórtico de la casa, con las arcadas llenas de flores, y entraron. La puerta estaba abierta, y junto a ella se veía a un criado seriamente vestido, con cara inexpresiva... y un muy revelador abultamiento de su chaleco bajo el sobaco izquierdo. Un amplísimo vestíbulo, varias puertas... Luigi señaló una de ellas, la abrió, dejó pasar al rubio, y entró tras él. Korzec quedó afuera.

El magnífico *living* estaba en una fresca y suave penumbra muy agradable. Se veía el tono dorado del sol en las persianas, mezclado con el rojo y azul de algunas flores. En un lado, un hombre alto, elegante, ataviado con un batín de pura seda china, de colorido y dibujos no poco exóticos. Debía tener unos cuarenta y cinco años, muy bien soportados. Canas en las sienes, rostro bello y enérgico, mirada penetrante... Junto a él, otro criado, de aspecto insignificante, comparativamente...

—Temo que Luigi no tomó bien su recado —dijo el elegante—. ¿Dijo vodka en el Martini?

—Luigi tomó bien el recado, señor Fabesham. Vodka en el Martini, si es tan amable.

Blasius Fabesham hizo una seña al criado, que escanció un chorrito de vodka en uno de los vasos que ya contenían Martini con hielo. Luego, Fabesham hizo la seña al rubio desconocido, hacia el vaso.

—Espero que esté a su gusto.

El recién llegado se acercó, probó el Martini..., y se echó un chorrito más de vodka. Lo volvió a probar, y sonrió.

—Perfecto. Y muy frío.

—Celebro que le agrade. ¿Cuál es su nombre?

El rubio frunció el ceño, miró al criado, luego a Luigi, y, por fin, de nuevo a Fabesham. No dijo una sola palabra, pero el dueño de la espléndida villa comprendió perfectamente. Frunció el ceño un instante, pero luego señaló hacia la puerta.

—Podéis retiraros.

Mientras el criado y Luigi salían, el rubio fue hacia un sillón, vaso en mano, y se sentó. Bebió otro sorbo de aperitivo, se procuró uno de los cigarrillos que había en la baja mesita de laca, y se quedó mirando a Fabesham, que se había sentado en otro sillón, ante él, y lo miraba con contenida curiosidad.

—Boris Sokolov. Ése es mi nombre.

—Ruso, supongo —musitó Fabesham.

—En efecto, soy ruso Y usted es americano. Espero que eso no influya Lo más mínimo en nuestro negocio.

—Por supuesto que no, si el negocio es bueno... Y lo parece. ¿Es una operación con inversión de diez millones de dólares?

—No exactamente, señor Fabesham. Es una operación con inversión de cinco millones para conseguir diez. Es decir, un beneficio de cinco millones netos. Quizá más. El cien por ciento en una semana.

—¿Debo entender que me ofrece un beneficio de cinco millones de dólares americanos por un trabajo de una semana?

—Exacto. ¿Le interesa?

—Muchísimo. Pero quiero advertirle, Sokolov, que no intervengo jamás en asuntos de espionaje, y que...

—Oh, vamos, vamos... En asuntos de espionaje jamás se ganan esas cantidades, señor Fabesham. Lo sé muy bien, porque hasta no hace mucho, yo fui un agente de la MVD.

—¿Y ya no lo es?

—Estoy muerto.

—¿Cómo?

Boris Sokolov sonrió irónicamente una vez más.

—Digo que estoy muerto, señor Fabesham. Para todos los efectos, yo no existo. Incluso mi rostro ya no es el que consta en los archivos de personal de la MVD. Espero que lo entienda.

—¿Cirugía plástica?

—Por supuesto. Bien... Antes de seguir adelante, yo necesito saber si usted podría disponer de cinco millones de dólares americanos, antes de una semana, en efectivo, y en billetes más bien pequeños, viejos, y, naturalmente, sin marca ni trampa alguna. ¿Puede?

—Es mucho dinero...

—Más dinero son diez millones que cinco.

—Tendría que vender algunas acciones, un par de casas, tres o cuatro de mis coches, retirar dinero de ciertos Bancos... En realidad, usted está pidiéndome que materialice toda mi fortuna, Sokolov.

—Puede doblarla en una semana.

—¿Y si pierdo?

—Supongo que quedaría completamente arruinado, claro. Pero no es ése el caso. No hay fallo posible en este negocio, señor Fabesham, se lo aseguro.

—¿Es fácil?

—Facilísimo.

—¿Por qué no lo realiza usted solo, entonces? ¿Por qué compartir conmigo esos diez millones de dólares americanos?

—Necesito su ayuda, es fácil de comprender. Y, naturalmente, sé que a usted no puedo ofrecerle por ella una cantidad... estúpida. De buenas a primeras, mi oferta es clara y definitiva: cincuenta por ciento para cada uno.

—Entiendo... ¿Por qué recurre a mí? ¿Qué clase de ayuda...?

—Señor Fabesham, quiero que hablemos claro desde el principio. De otro modo, las relaciones con usted no me interesan. Me he informado bien sobre usted, utilizando mi... habilidad de espía. Si me equivoco, dígalos y buscaré a otro socio. Usted es un contrabandista... ¿De acuerdo?

—Está empleando una palabra un poco fea —sonrió Fabesham.

—Bueno... No más fea que espía y asesino, por ejemplo. Yo sólo digo que usted es un contrabandista. Justamente la persona que yo necesito. Pero no un contrabandista de tres al cuarto, sino todo un coloso de los negocios sucios: usted, señor Fabesham. Sé que ejerce ciertos controles sobre el mercado negro en Europa de diversos artículos, monedas... Cosas así. Sus negocios, naturalmente, son siempre a lo grande. Nada de tonterías. Siempre, cosas de envergadura. Y, entre las muchas facilidades que usted tiene para el contrabando de miles de cosas, figura la del oro.

—¿Oro?

—Oro. Diez millones de dólares en oro auténtico, en barras de cincuenta libras. Nadie mejor que usted para colocarlo en el mercado negro europeo. ¿Exacto?

—Es posible. ¿Tiene usted el oro?

—Se puede decir que sí.

—¿Y recurre a mí para que yo lo... distribuya en Europa?

—Exacto. Por ese oro, usted deberá pagarme cinco millones de dólares en la forma y condiciones que antes he mencionado. Sé muy bien que usted, en el mercado negro; puede colocar ese oro por más de diez millones, pero eso no es cuenta mía. Si usted gana más que yo, pues... le felicito.

—Veamos si le entiendo bien: yo le entrego cinco millones de dólares en billetes americanos, y usted me entrega diez millones de dólares en lingotes de oro. Luego yo coloco el oro en el mercado negro, cobro diez millones o más, y ya está... Con una ganancia mínima de cinco millones para mí... En una semana.

—En una semana como máximo.

Blasius Fabesham rió quedamente.

—¿Pretende tomarme el pelo, Sokolov?

El ruso frunció el ceño, hoscamente.

—No he venido aquí a bromear o perder el tiempo, Fabesham. Tómelo o déjelo, pero no diga estupideces.

—Cálmese, cálmese, Sokolov... ¿Dónde está el oro?

—En el mar.

—En el... ¿Dónde, del mar?

—En el Mediterráneo —casi rió Boris.

—Entiendo. Pero usted también entenderá, sin duda, que no le entregue un solo centavo hasta ver ese oro.

—Puede verlo antes, si gusta.

—¿Cuándo?

—En cuanto usted quiera. Subimos al yate, vamos allá, yo le muestro el oro, usted se encarga de subirlo a bordo con algunos hombres-rana de su confianza, y yo me largo con los cinco millones de dólares en billetes.

—¿Así de simple y fácil? ¿Sin contratiempos?

—Así de simple, y sin contratiempos.

—Pero entiendo que yo debo tener los cinco millones en billetes antes de ver ese oro. ¿No?

—Así es.

—No hay trato.

—Como quiera. Otro aceptará...

—Espere, espere... Demonios, espere, Sokolov.

—Todo mi tiempo está a su disposición —sonrió el ruso.

—Vamos a ver: ¿de quién es o era ese oro?

—De Rusia.

Blasius Fabesham lanzó una exclamación.

—¿Y usted me lo quiere vender a mí? —Casi gritó.

—¿Por qué no? Es un buen negocio para los dos. Y Rusia podrá pasar sin esos diez millones de dólares en oro.

—Sí, desde luego. Pero..., ¿cómo ha ido a parar ese oro ruso al fondo de cualquier punto del mar?

Boris Sokolov vaciló visiblemente. Por fin, hizo un gesto de impotencia, separando las manos y encogiendo los hombros.

—De acuerdo. Supongo que tiene derecho a saberlo todo antes de meterse en un negocio de esta envergadura... Hace unos meses, Rusia efectuó ese envío de oro a cierto país africano cuyo nombre no le interesa. Tampoco creo que le interesen los motivos políticos que dieron origen a ese envío...

—Sé muy bien que Rusia puede tener mil motivos para enviar oro a un país. Uno de ellos, afiliarlo completa y definitivamente, sobre todo si es un país pequeño, de independencia reciente, de...

—No es necesario que hable tanto, Fabesham. Rusia envió el oro, y eso debe bastarnos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Siga.

—El oro fue... astutamente enviado en un yate, en el cual, a todas luces, viajaban media docena de deportistas que pensaban

dedicarse a la pesca mayor. En realidad, éramos seis agentes de la MVD. Ya debe comprender que yo era uno de esos seis agentes... Muy bien. La ruta era la siguiente: desde Sebastopol, cruzar el Mar Negro, Mármara, Egeo, y salir al Mediterráneo... Al Jónico, naturalmente. Luego cruzar el Mediterráneo por debajo de Sicilia, entre ésta y África. Cruzar el Estrecho de Gibraltar, salir al Atlántico, y... seguir viaje por la costa accidental de África hacia el sur. ¿Lo va entendiendo?

—Perfectamente.

—Bien. Ésa era la ruta. Sin embargo, cuando estábamos en el Jónico, cerca ya de Sicilia, algo nos alarmó: otro yate, igualmente poderoso que el nuestro, nos venía siguiendo muy de cerca. En ese yate iban no menos de quince hombres...

—¿De la CIA?

Boris encogió de nuevo los hombros.

—Quince hombres, Fabesham. Lo demás no importa. Evidentemente, habríamos podido evitarnos sobresaltos si uno de nuestros barcos de guerra nos hubiese estado escoltando, pero eso no interesaba, ya que el oro tenía que llegar allá clandestinamente, y ser desembarcado del mismo modo. Lo más apropiado, era un simple yate con algunos deportistas. Un barco de guerra escoltando a un yate era... una tontería enorme. Además, se suponía que nadie, naturalmente, estaba enterado del envío de ese oro. Por lo tanto, todo podía hacerse con tranquilidad y normalidad...

—¿Qué hicieron los del otro yate?

—Digamos que nos... empujaron hacia el norte. En definitiva, tuvimos que forzar las máquinas para alejarnos. También desviamos la ruta, así que tuvimos que pasar por el Estrecho de Messina. Una vez cruzado este estrecho, ya cerca de las Islas Lípári, y cuando creíamos que todo había sido una falsa alarma, reapareció el otro yate, ahora con clarísimas intenciones agresivas. Nos dispararon.

—¿Con cañones? —Casi se sobresaltó Fabesham.

—Por favor, Fabesham, sea moderado... Un yate no suele llevar cañones, y menos cuando pertenece a un servicio de espionaje internacional...

—Entonces..., ¿era la CIA efectivamente?

—Dejemos eso. Nos atacaron con morteros. Son armas pequeñas, fáciles de ocultar, y... muy efectivas. En definitiva, nosotros

perdimos la palea. Pero antes, atienda cómo fueron las cosas: en un momento dado, me encontré como único superviviente del yate. Íbamos lanzados a toda máquina, con los otros detrás, ya sin dispararnos, porque sabían que era innecesario entonces. Ya habían ganado. Bien: el yate en el que yo iba era un poco... especial. Llevábamos el oro en un doble fondo del casco, mitad a cada lado, para nivelar bien el barco, por supuesto. Ahora bien, el peso total de las trescientas veinte barras de oro era de dieciséis mil libras, o sea, como le he dicho, cada barra pesaba cincuenta libras. Descargar de modo normal todo ese cargamento habría sido no sólo pesado, sino peligroso, en nuestro punto de destino. De modo que el yate, junto a la quilla, en el centro llevaba dos compuertas que se abrían por un sistema eléctrico. El plan era llegar a nuestro destino, recalar en determinada bahía, abrir las compuertas, dejar caer las barras de oro y marcharnos, dejando a cargo de otras personas sacar el cargamento del mar, tranquilamente, discretamente... ¿Lo entiende?

—Sí, sí... ¡Siga!

—Bien... Cuando comprendí que iban a darme alcance, busqué una solución. Y ésta es la que encontré: navegué hasta un lugar que me pareció conveniente, abrí las compuertas dejando caer los diez millones de dólares en oro, y seguí adelante, ahora bastante más velozmente, ya que me había desprendido de un lastre de dieciséis mil libras, nada menos. Podría haber escapado si mi yate no hubiera estado tan averiado. En realidad, las vías de agua lo estaban ya inundando, y no tardaría ni siquiera una hora en hundirse. Sabiendo esto, esperé hasta el último minuto para llevar a cabo la segunda parte de mi plan de huida. Y cuando comprendí que el yate iba a hundirse, ahora ya en aguas más profundas, me equipé con uno de nuestros elementos de hombre-rana para pesca submarina, incluidos, naturalmente, dos tubos de aire. Abrí de nuevo las compuertas donde había llevado la carga de oro, y abandoné por allí el yate, dejándolo a merced de aquellos hombres... Bien: cuando volví a la superficie, ya cerca de la costa, aún pude ver el yate, hundiéndose lentamente, ante la impotencia de nuestros enemigos. Hundiéndose en un lugar muy profundo, Fabesham. Quizá mil o mil quinientas brazas. O más, cualquiera sabe.

—Pero el oro...

—El oro está mucho más cerca de la superficie —sonrió Boris—. Ya le he dicho que lo descargué antes.

—¿Y sabe el lugar exacto?

—Desde luego.

—Pero... debió informar a Rusia de lo sucedido...

—Debí hacerlo. Pero no lo hice. Me escondí en la costa, esperé el momento de volver al continente, me puse en contacto con unos amigos personales, y... decidimos que ese oro estaría mejor en nuestras manos que en las de unos ignorantes africanos. Y como se supondría que el yate se había hundido con todos sus ocupantes, yo me limité a pasar quince días en una clínica particular de Suiza, alterando ligeramente mi rostro. Ahora, todo está preparado, por mi parte, para ir a por esos diez millones en oro.

—¿Y no los entregará a Rusia?

—Para Rusia, el agente Boris Sokolov está en el fondo del mar. ¿Por qué desengañarlos?

—Eso es... una traición, ¿no?

—En efecto. ¿Le preocupa?

—No. No, no... Pero una cosa no comprendo: ¿por qué no va usted y sus amigos a por el oro? No me diga que no pueden alquilar un yate, procurarse equipos de inmersión...

—Todo eso lo haríamos mejor que usted, Fabesham. Pero, dígame, ya que es tan listo: ¿dónde colocábamos luego diez millones de dólares en oro? Trescientas veinte barras doradas con un peso total de dieciséis mil libras, nada menos, digo. Eso es... cosa fácil para usted, pero no para mí. Yo no estoy introducido en el mercado negro.

—Entiendo... Sí, entiendo. Entonces, usted y sus amigos quieren cinco millones en efectivo, y yo me quedo los diez millones en oro...

—Parece que al fin nos hemos entendido.

—Todo esto es... fantástico. Parece... una película de espías, Sokolov.

—Las películas están basadas en hechos reales, Fabesham. No lo olvide.

—Bien... Es demasiado increíble, lo siento... No puedo creerlo. Además, usted quiere que antes de que yo tenga el oro, haya conseguido ya los cinco millones en efectivo. Demasiado dinero... Si

esto fuese una jugada sucia, y perdiese yo, quedaría arruinado completamente.

—Ya le digo que no tiene por qué entregarme el dinero hasta que vea el oro, Fabesham.

—¿Solamente verlo?

—No comprendo.

—¿Y por qué no «tenerlo»?

—Oh, sí... Bueno, podemos ir allá con su yate, usted saca el oro, y cuando lo tenga todo cargado, me da los cinco millones. Usted se queda con las barras de oro y yo me voy en una lancha con mi dinero en efectivo.

—¿Por qué he de fiarme de usted? —musitó Fabesham.

Boris Sokolov rió fríamente.

—Usted es un pobre imbécil —espetó—. ¿No se da cuenta de que si quisiera podría matarlo ahora mismo, o mañana, o dentro de un año...? Podría hacer eso, si usted me resultase antipático. ¿Y no le perjudicaría más matándolo que engañándolo? Entonces, si no lo mato..., ¿por qué engañarlo?

Blasius Fabesham había palidecido.

—Usted está desenfocando la cuestión, Sokolov.

—No desenfoco nada. El oro está a su disposición cuando usted quiera. Yo estaré solo en su yate, desarmado... No sea tonto, Fabesham: jamás en su vida tendrá ante usted un negocio semejante. No hay engaños, no hay mentiras. Yo le necesito, y le entrego cinco millones de beneficio neto sin más trabajo que ir a cierto punto en el mar y sacar el oro. Tómelo o déjelo, pero ya no diga más estupideces. Y observe que yo sí me fío de usted. ¿Por qué no usted de mí?

—Es una historia demasiado fantástica... Es increíble. No me interesa, Sokolov.

—Le aseguro que el oro existe, Fabesham.

—Yo arriesgo todo —musitó Blasius Fabesham—. No, no... No me interesa, Sokolov.

El ruso se quedó mirando despectivamente al americano. Acabó el Martini, y se puso en pie.

—Bien... Al menos he tomado el aperitivo gratis. Hasta nunca, señor Fabesham. Lamento haberme molestado por usted.

Se dirigió a la puerta, la abrió, y Luigi y Korzec aparecieron en

el umbral, interrogantes.

—Sujetadlo —dijo de pronto Fabesham.

Los dos gigantes cogieron al ruso por los brazos, fuertemente, y lo devolvieron al centro del *living*. Fabesham se quedó mirándolo pensativamente.

—Se me ocurre, Sokolov, que quizá podría... convencerlo para que me diga dónde está ese oro, sin necesidad de que yo convierta en efectivo toda mi fortuna.

—Esto es divertidísimo —sonrió Boris, fríamente—. ¿Está sugiriendo que va a torturarme, Fabesham?

—¿Le parece mala idea?

El ruso se echó a reír, de buena gana.

—Definitivamente, es usted un pobre imbécil. ¿Con quién cree que está tratando? ¿Con un novato, o un tonto, o un niño llorón? No me arrancaría una sola palabra. Además, Fabesham, si yo no estoy de vuelta a Cannes esta noche, usted no vivirá ni dos días. Vamos, vamos, recapacite... Mis amigos y yo no estamos bromeando, se lo aseguro.

—Yo tampoco. Y va a decirme antes de quince minutos dónde está ese oro. Luigi, Korzec, convencedlo.

Boris frunció el ceño. Estaba bien claro que se disponían a zurrarle allí mismo, sin miramientos. Cada uno de aquellos hombres le llevaba no menos de cuatro pulgadas de estatura, y aún más de perímetro torácico. Sus golpes no debían ser nada agradables ciertamente.

De modo que decidió tomarse la cosa en serio.

Aprovechando la tracción que ejercían en sus brazos hacia afuera, metió el codo fuertemente en el estómago de Korzec, que gimió y aflojó la presión, de modo que Boris quedó libre de aquel brazo... Y le propinó tal bofetón a Luigi en plena cara, que lo empujó a trompicones hacia atrás, soltando también su otro brazo.

Korzec había hundido la mano bajo su chaquetón de lona, pero no llegó a sacarla con la pistola. Recibió un escalofriante puñetazo en el estómago, y cuando se inclinaba, un rodillazo en pleno rostro, que lo tiró de espaldas... Luigi sí consiguió sacar su pistola, pero para entonces Boris Sokolov le había desviado el brazo con su izquierdo, y la mano derecha abierta, rígida, dio en su garganta, como un feroz hachazo. Luigi se derrumbó fulminado, como

muerto. El ruso se volvió tranquilamente hacia Korzec, que todavía no recuperado, insistía en sacar su pistola... El pie derecho de Boris, calzado con la blanca zapatilla de lona, pareció engancharlo por debajo de la barbilla, alzarlo a medias y soltarlo, de modo que cayó de bruces. Todavía se movió en el suelo, pero un taconazo en la nuca lo dejó completamente inmóvil, como Luigi.

Boris Sokolov se volvió hacia Blasius Fabesham, cuya palidez era muy digna de un cadáver. El ruso se pasó las manos por los largos cabellos rubios, ordenándolos hacia atrás...

—Estaré esperando en el hotel Parisien, de Cannes, durante veinticuatro horas, Fabesham. Recapacite.

Y se marchó.

En la playa, las dos hermosas chicas parecían estar esperando su vuelta con gran interés. Las dos lo miraron fijamente, cada vez más impresionadas por aquella belleza varonil y recia del ciudadano soviético.

—¿Hicieron negocio? —preguntó Claudia.

—El señor Fabesham lo está pensando. Parece que la idea de ganar cinco millones de golpe, con un solo negocio, le asusta mucho. No tiene usted un jefe muy inteligente, señorita...

—Sólo Claudia.

—¿Dónde están Luigi y Korzec? —preguntó Fanny Fabesham.

—Hicieron oposiciones para dormir la siesta..., y las ganaron. Bueno, tengo que marcharme, pero antes les pediré un favor.

—¿A nosotras? ¿Qué favor?

—Un par de cigarrillos para el viaje. Olvidé los míos en mi *suite* del hotel Parisien, de Cannes.

—Oh, sí —brillaron los ojos de Claudia—. Puede tomarlos, desde luego.

Así lo hizo Boris y volvió a sonreír.

—Gracias. Y... espero que hasta la vista.

Se fue hacia el mar, saltó con agilidad del todo sorprendente a la proa de la lancha, sin mojarse siquiera las zapatillas, y pocos segundos después la roja lancha se empequeñecía en el mar, dejando una blanca estela de espuma...

—A cada segundo que pasa, se le encuentra más guapo —suspiró Fanny.

Mientras tanto, en la lancha, el rubio y atractivo ruso estaba

oprimiendo el botoncito de llamada de una pequeña radio de bolsillo, cuyo alcance, para cualquier entendido, era evidente que rebasaba las setenta y cinco millas, por lo menos.

—Atención: os está hablando Boris Sokolov. ¿Me oís?

—Adelante, querido Boris...

—He salido ya de la villa de Blasius Fabesham, y regreso a Cannes, sano y salvo, pese a las perversas intenciones de Fabesham.

—¿Ha habido pelea?

—Psé... Yo no lo llamaría así. Tuve que pararles los pies a dos matones, eso es todo. Sin importancia.

—Bien. ¿Qué ha dicho Fabesham? ¿Le ha interesado el asunto?

—Mucho.

—¿Pagará los cinco millones?

—Lo está pensando. Pero los pagará. Lo aceptará todo.

—¿Cómo puedes estar seguro? Piensa que si no acepta hay que saberlo cuanto antes, a fin de dividir la misión en dos y acabar ambos asuntos a la mayor rapidez.

—Sé muy bien lo que estamos haciendo. Si viese dificultades por parte de Fabesham, os avisaría inmediatamente, y yo me encargaría de su asunto y vosotros del otro. Pero... aceptará. Esos diez millones de dólares son un panal de rica miel, y Fabesham una mosca muy golosa... Miel y moscas... No puede fallar.

—Está bien, esperamos tus siguientes noticias. Ten cuidado.

—Haré lo posible —sonrió Boris—. Hasta pronto. Ahora regreso al hotel a esperar los acontecimientos. La miel está lista: veremos qué hacen las moscas.

CAPÍTULO III

La primera mosca se presentó en el hotel Parisiën, de Cannes, hacia las siete de la tarde. Boris Sokolov estaba a esa hora vistiéndose para la cena; acabó de anudar la corbata, se puso la chaqueta, y fue a abrir. No se molestó en preguntar quién era antes de abrir la puerta.

Tampoco demostró gran sorpresa al ver allí a tan bellísima mosca. Una estupenda mosca, de cinco pies y medio de estatura, cabellos casi rojizos y ojos verdes.

—Oh... ¿Qué tal, Claudia? —sonrió.

La secretaria de Blasius Fabesham también sonrió, muy dulcemente.

—¿Puedo pasar..., Boris?

—Sí... ¡Sí, naturalmente!

Ella entró, moviendo con gracia sus finas caderas. Llevaba un ligero vestidito de noche, sin tirantes, y encima un vaporoso chal. El tono amarillo verdoso del vestido parecía recoger todo el color de los grandes ojos femeninos.

El ruso cerró la puerta y se quedó mirándola amablemente.

—¿Martini con vodka? —propuso.

—¿Está sugiriendo que bajemos al bar?

—No, no... Tengo cosas de beber en la *suite*. Me gusta vivir confortablemente. Y pagando, uno tiene desde servicio de bar en sus habitaciones hasta... otros servicios más especiales.

—¿Qué servicios por ejemplo?

—Pues... Servicios especiales. No creo que deba decirlo a una señorita.

—¿Por qué?

—Bueno... Son... servicios muy delicados. Pero ahora no quiero

recordarlos. Quizá prefiera el Martini solo, Claudia.

—Lo probaré con vodka. Bien, yo no quisiera molestarle, Boris, de manera que si tiene alguna cita, o...

—De ninguna manera. Todo mi tiempo está dedicado exclusivamente al señor Fabesham y sus amigos. No tengo nada más que hacer que atenderles a ustedes.

—Entonces, no hay prisa —musitó Claudia.

Se quedaron mirándose los dos. Por un instante, la pelirroja creyó ver en aquellos ojos dorados aquella seca chispa, pese a la sonrisa amable del ruso.

—En efecto —susurró él—. No hay prisa.

Fue al mueble bar y se dedicó a preparar en silencio dos Martini con vodka. Claudia se sentó en el sofá, cruzó las piernas y se quedó mirando la ancha espalda del ex espía soviético. Tampoco dijo nada hasta que éste se volvió, con una copa en cada mano. Aceptó lo que le tendía, lo probó y comentó, como maravillada:

—Ah... Pues no está tan mal.

—¿Verdad? —Boris se sentó a su lado, muy cerca; bebió un sorbo, dejó la copa en la mesita, y miró fijamente a la muchacha—. ¿Puedo saber qué la trae por aquí?

—Evidente; verlo a usted.

—Evidente, sí. ¿Pero... por motivos particulares o... laborales?

—¿Cómo?

—Pregunto si ha venido por propia iniciativa o la ha enviado Blasius Fabesham.

—Digamos que estoy matando dos pájaros de un tiro.

—¿Sí? —Alzó las cejas el ruso.

—Sí. Yo quería venir a verlo, de todos modos. Pero tuve la suerte de que el señor Fabesham me enviara a decirle algo.

—¿Qué cosa?

—Dice que acepta...

—Magnífico.

—Le espera mañana por la mañana, en la villa, para ultimar algunos detalles de la... asociación. De momento, ya está dando órdenes para que conviertan en efectivo buena parte de su fortuna. Calcula que dentro de un día o dos tendrá ya un par de millones.

—¿Y los otros tres?

—Eso llevará un poco más de tiempo. Pero no demasiado. Como

es natural, el señor Fabesham dispone de relaciones que pueden ayudarlo a convertir sus posesiones y diversas cosas en dinero contante y sonante. Quizá en un par de días pueda mostrarle los cinco millones que usted pide, Boris.

—Formidable. Bien... Sabemos ya los motivos laborales que la han traído aquí. Ahora, me gustaría saber por qué quería usted venir a verme... de todos modos. Entiendo que aunque no hubiese recibido orden de traerme ese mensaje, habría venido «de todos modos...». ¿O no?

—Sí.

—Bien. ¿Por qué? ¿Puedo servirle en algo?

Claudia Shearer se quedó mirando fijamente el contenido de su copa, baja la vista, inclinada la cabeza.

—He pensado... que podríamos pasar juntos un rato agradable, Boris. Eso es todo.

—Ah... Bueno, será un placer para mí invitarla a cenar...

—¿En el comedor del hotel?

—O en otro sitio, si lo prefiere. No conozco muy bien Cannes, pero estoy convencido de que usted sí. ¿Qué lugar aconseja para cenar agradablemente, con una charla susurrada...?

—Éste es un buen lugar.

—¿Mi *suite*?

—¿No? —Alzó ella de pronto la mirada.

—Supongo que sí... Pero cuando se está tan confortablemente instalado, el tiempo pasa muy de prisa. Quizá se haría muy tarde para llevarla luego a la villa de su jefe...

—Pienso pasar la noche en Cannes. Le dije al señor Fabesham que regresaría mañana por la mañana, con usted.

—Entiendo. Entonces, habrá que buscarle un alojamiento...

—¿Para qué?

—Para pasar la noche, naturalmente.

—¿Considera necesario buscarme... otro alojamiento? Yo diría que su *suite* es lo bastante grande, Boris.

—Encargaré la cena —sonrió de nuevo Boris, cambiando súbitamente de idea—. ¿Te apetece algo especial?

—Lo que tú encargues estará bien.

Boris Sokolov se puso en pie, lentamente, sin dejar de mirar a la bella pelirroja.

—Puedes ponerte cómoda, si quieres. Pero tengo algo que advertirte, Claudia: he sido espía.

—¿Y...?

—No es fácil engañarme a mí.

—¿Por qué dices eso?

—Estaba pensando que si tú crees que podrás... sonsacarme el lugar donde está el oro, o algo parecido referente a este asunto de los diez millones, estás perdiendo el tiempo lamentablemente.

—En cuyo caso —sonrió ella—, sería preferible que fuésemos a cenar fuera del hotel y me buscase otro alojamiento.

—Así están las cosas.

—Eres un hombre muy seguro de ti mismo, Boris.

—A estas alturas, con la profesionalidad que llegué a alcanzar en la MVD, me parecería infantil engañar a una chica como tú. No te hagas ilusiones respecto a sonsacarme. Y ahora..., ¿encargo la cena aquí, en mi *suite*?

—Mientras tanto, yo iré a ponerme cómoda.

Boris Sokolov asintió con la cabeza y fue hacia el teléfono. Lo descolgó, encargó cena para dos, con champaña, y regresó al sofá. Encendió un cigarrillo..., y se volvió al oír las suaves pisadas de Claudia tras él, en el umbral del dormitorio.

Efectivamente, ella se había puesto cómoda. El ruso la miró lentamente de arriba abajo.

—¿Un cigarrillo? —susurró.

—Sí, gracias...

Se lo encendió él mismo. Claudia se sentó junto a él, sonrió y tomó el cigarrillo. Se quedaron mirándose. De pronto, Boris se puso en pie, fue al dormitorio y regresó a los pocos segundos, con la pequeña radio de bolsillo. Lo accionó tras sentarse de nuevo junto a Claudia.

—Está hablando Boris Sokolov, en situación

L-12

—dijo.

—Entendido, Boris —contestaron—. ¿Qué más?

—Blasius Fabesham ha aceptado definitivamente. Mañana por la mañana deberé volver a su villa, para ultimar ciertos detalles. Llamaré antes de salir del hotel a las diez en punto.

—Comprendido.

—Poned en marcha todo el plan, tal como fue trazado. A partir de este momento, dedicación absoluta al trabajo. Eso es todo.

—Hasta la vista, Boris.

El ruso cerró la radio y la dejó sobre la mesita. Claudia lo estuvo mirando fijamente, sonriendo.

—Has sido muy amable al hablar en inglés, querido. Temí que fueses a hacerlo en ruso...

—No tengo nada que ocultarte a ti ni a Fabesham en este asunto. Quiero que entendáis que estoy jugando con toda limpieza. Por poco que penséis en ello, comprenderéis que a mí me interesa más el asunto que a vosotros.

—Así parece. Espero que todos tus planes, con tus amigos, estén bien pensados, bien proyectados. Por mi parte, no dudo de tu sinceridad, pero... ¿qué es eso de «situación L-12»?

—Es mi modo de decir que estoy con una mujer y que no quiero ser molestado por nada... hasta mañana a las diez.

—¿De modo que ellos no te llamarán hasta esa hora?

—Digamos que esperan mi llamada exactamente a las diez de la mañana, Claudia —sonrió, un tanto secamente—. Ni un segundo más tarde de esa hora.

—¿Y si no llamase...?

—Pues... temo que mis amigos se enfadarían... considerablemente, ya que para no llamar yo a las diez, tendría que estar muerto.

—Entiendo... ¿No te fías de mí?

—Tendrás que disculparme. La verdad es que no te conozco muy bien, Claudia.

—Bueno... Tenemos mucho tiempo hasta conseguir que me conozcas perfectamente. Espero merecer tu... aprobación.

* * *

—Boris...

El ruso dejó de mirar hacia delante, hacia el mar azul y quietó, sonrosado por el sol de la mañana, y bajó la mirada hacia Claudia, que se abrazaba a su cintura, ambos de pie ante el volante de la lancha, lanzada a poca velocidad en dirección a Jean-les-Pins, como en un agradable paseo. Hora: las diez y media de la mañana.

—¿Qué hay?

—Aún no me lo has dicho.

—¿El qué?

—Si merezco o no tu aprobación.

El ruso sonrió, se inclinó y besó profundamente los dulces labios de Claudia Shearer, mientras ella se abrazaba a él con más fuerza. Cuando el beso terminó, ella apoyó la cabeza en el amplísimo pecho del rubio soviético, y suspiró...

—No es necesario que lo digas —musitó—: ya lo he entendido.

—Eres una chica inteligente —rió Boris.

—Creo que más bien un poco tonta... ¿Qué harás conmigo cuando ya tengas tu dinero?

—Pues no sé... ¿Acaso no te gusta tu empleo con Fabesham?

—Me gustaba hasta ahora. Hasta esta noche. ¿No querrás que nos volvamos a ver?

—De momento, es posible que estemos juntos una semana, o quizá menos tiempo. Cuando todo termine, hablaremos de lo que es mejor para ambos... ¿De acuerdo, pequeña?

—De acuerdo —suspiró ella.

La lancha se detenía, quince minutos más tarde, en la limpia y soleada playita, dejando a la derecha el embarcadero donde estaba el formidable yate de cien toneladas y las dos lanchitas. Junto a uno de los parasoles, Fanny Fabesham insistía en tomar el sol suave de mayo... Por detrás de ella, esperando junto a la linde del pinar, estaban Luigi y Korzec, con cara de pocos amigos. El ruso, evidentemente, no era persona grata para ellos.

—Buenos días, señorita Fabesham —saludó Sokolov.

—¿Usted crees? —musitó Fanny.

Miraba con ojos brillantes de ira a Claudia, que simulaba no darse cuenta, y se dirigía ya hacia la villa, lentamente. Boris Sokolov la miró, sonrió, y volvió a mirar a Fanny, alzando una mano, con el pulgar apuntando al cielo.

—Bueno... No creo que se pueda pedir más. El cielo está azul, la mar en calma y transparente, se huele a sal y a flores... Para quienes hemos soportado el frío de Moscú, éste es, en efecto, un buen día. Un hermoso día.

—Mi padre lo está esperando.

—Lo sé. Hablé con él por teléfono desde Cannes. Hasta luego...,

si está de mejor humor. ¿No ha dormido bien?

—Supongo que mucho mejor que usted.

—Emm... Imagino que quiere decir que ha dormido «más», pero no «mejor». Hasta luego.

Se fue en pos de Claudia, casi riendo.

Dos minutos más tarde, Blasius Fabesham lo recibió en el *living* de dorada penumbra. Llevaba pantalón y jersey deportivos, y un pañuelo al cuello, impecable, elegantísimo. Miró fijamente a Claudia, pero optó por atender a su visitante de negocios.

—Espero que todo esté entendido entre nosotros, Sokolov: no más tonterías por mi parte.

—Magnífico. Por la mía no las ha habido en ningún momento.

—¿Está seguro? —Miró Fabesham a Claudia.

—Por completo. Yo no hago tonterías. Nunca, Fabesham. Simplemente, hago lo que tengo que hacer. Pero mi juego con usted será limpio y claro como el más transparente de los cristales...

—¿Me necesita para algo, señor Fabesham? —musitó Claudia.

—No —casi gruñó él—. Ahora no. Espero que no hayas pasado una noche incómoda en cualquier hotel de Cannes, Claudia.

—Usted ya sabe que sé cuidarme. Hasta luego. Adiós, Boris.

Salió del *living*, seguida por la ceñuda mirada de Fabesham, que se volvió de nuevo hacia Sokolov haciéndole señas de que se acercase... Colocó un gran maletín de tela de alfombra sobre la mesa y lo abrió.

—Dos millones —dijo.

El ruso metió las manos en el maletín y sacó unos cuantos fajos de billetes. Todos ellos viejos, evidentemente usados. El de mayor cuantía era de cien dólares. Examinó algunos de los billetes de diversos fajos, y aprobó con la cabeza, muy satisfecho.

—Magnífico, Fabesham, a eso le llamo yo rapidez... Y me alegra mucho haber recurrido a usted para este negocio: no cabe duda de que tiene usted muy buenos recursos. De acuerdo: puede guardar este dinero.

—¿No se lo lleva? —exclamó Fabesham.

—¿Dos millones? El trato fue cinco, Fabesham... Cuando tenga esos cinco millones, haremos lo que usted considere más acertado hasta tener el oro. Por cierto, Claudia me dijo que usted tenía algunas condiciones finales...

—Son éstas, Sokolov: una, usted no llevará armas mientras esté conmigo: dos, se quedará a vivir aquí, en la villa, hasta que partamos en busca de ese oro, tres, no se irá con el dinero hasta que esas trescientas veinte barras de cincuenta libras cada una estén en mi yate. No a mi vista en el mar, sino en mi yate. ¿Está bien claro?

—Clarísimo. Por mi parte, sólo hay una condición: juegue limpio conmigo, o mis amigos lo matarán. Y ahora, con su permiso iré a buscar mi equipaje.

—Enviaremos a...

—No es necesario. Sabía que usted pondría esa condición, y ya me he despedido del hotel. Tengo mi equipaje en la lancha. Voy a por él.

—Usted es un hombre práctico, de clara visión... Está bien, Sokolov, ordené a Gastón que prepare su dormitorio. En el piso de arriba, naturalmente.

—Espero que tenga una buena vista del mar.

Se fue a la playa. Subió a su lancha, tiró a la arena su única maleta y volvió a saltar a tierra firme. Recogió la maleta y regresó hacia la casa...

—¿Qué hace usted? —preguntó Fanny.

Lo miraba por encima de sus lentes de sol, tras haber disimulado que se dedicaba a leer una revista.

—Oh... Está usted ahí todavía, señorita Fabesham... ¿Qué hago? Bueno, su padre me ha invitado a pasar unos días en su villa. Parece que vamos a tener oportunidad de simpatizar.

—No pienso simpatizar con usted.

—Ni yo con usted. Quería decir que tendría oportunidad de simpatizar con su padre. *¡Au revoir!*

Continuó su camino, dejando congelada a la muchacha.

Desde luego, a quienes ignoraba completamente el apuesto Boris Sokolov era a Luigi, Korzec y los otros dos matones que deambulaban por allí, como si fuesen jardineros o algo parecido, pero vigilando siempre. Cuando entró en la casa, Luigi lo hizo tras él, y le hizo señas de que se dirigiera de nuevo hacia el *living*. Boris miró al mayordomo, llamado Gastón, que esperaba al pie de las escaleras, pero encogió los hombros y volvió al *living*.

—Abra su maleta —dijo Fabesham.

Sokolov obedeció en silencio. Luigi sacó todo su contenido,

buscó en vano un doble fondo, y, por fin, apartó la radio de bolsillo y la pistola, una magnífica y bien cuidada «FN-44»,

con silenciador ya acoplado al cañón.

—Guárdala, Luigi —susurró Fabesham—. El señor Sokolov no va a necesitarla mientras esté con nosotros. ¿Lleva algún arma más, Sokolov?

—Ninguna.

—Bien. ¿Y esto? —Mostró el pequeño objeto metálico.

—Es una radio de bolsillo, de factura alemana.

—Lo sé. ¿Para qué la quiere?

—Estoy en contacto con mis amigos por medio de ella.

—También nos la quedaremos, si no le importa.

El ruso frunció el ceño.

—No me importa demasiado, ciertamente. Pero sería mejor que mis amigos supieran que no voy a poder contestarles... por mi propia voluntad. Déjeme llamarlos para advertirles esta circunstancia.

—Hágalo.

Boris accionó la radio.

—Boris; hablando desde la villa de Fabesham. Todo bien, todo aceptado. Condiciones razonables. Entrego a Fabesham mi pistola y la radio. Eso es todo. ¿Respuesta?

—De acuerdo, Boris.

Éste cerró la radio, se la tendió a Luigi y señaló sus ropas, esparcidas encima de la mesa.

—¿Puedo recogerlo todo?

—Desde luego.

Lo hizo, cerró la maleta y salió del *living*. Gastón lo miró expectante, y él señaló hacia arriba. El mayordomo le precedió, y medio minuto más tarde quedaba instalado en una estupenda habitación, con baño, gran armario y un fantástico ventanal a pleno sol y mar que se divisaba por encima de las copas de los pinos, que ocupaban el suave declive hacia la playa. Abrió el ventanal, aspiró hondo el aroma de salitre y de flores y sonrió.

—Dos o tres días aquí, como invitado, me van a dejar nuevo... Paz, tranquilidad, un par de chicas dispuestas a pelearse por mí. Todo ello gratis. No tendré más remedio que estar agradecido al

FBI...

CAPÍTULO IV

Estaba todavía sacando sus cosas de la maleta cuando se oyó la llamada a la puerta. Fue a abrir, y se quedó mirando a Claudia, que también sonreía con maliciosa complicidad.

—Hola —susurró ella.

—Pasa.

La bella pelirrojita entró, y Boris cerró la puerta. Inmediatamente, ella le echó los brazos al cuello y le besó en la boca, mimosamente, emitiendo unos dulces gemiditos.

—Parece... que vamos a ser vecinos de dormitorio —deslizó.

—Es una lástima —dijo Boris.

—¿Una lástima?

—Sería mejor ocupar el mismo.

Ella rió quedamente y lo volvió a besar. Se había puesto una ligerísima blusita sobre el bikini azul reducidísimo, e, inevitablemente, el ruso notaba toda su cálida belleza.

—¿Vienes a la playa? —propuso Claudia.

—La idea no es mala. ¿A qué hora se almuerza en este pequeño paraíso particular?

—A la que uno quiera. Pocas veces lo hacemos todos juntos. Podemos tomar el sol un par de horas y luego almorzar juntos... Oh, te he traído un mapa, querido.

—¿Un mapa? —se sorprendió el ruso.

—Sí —ella lo sacó, muy doblado, de debajo de su blusita—. He pensado que quizá querías tenerlo para saber bien adonde tendremos que dirigirnos para recoger ese oro de que me habló ayer Fabesham.

Lo desdobló y se acercó a la cama, para extenderlo sobre ella. Boris la siguió, sonriendo secamente y echó un vistazo al mapa, que

mostraba todo el mar Mediterráneo, con sus costas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Lo compré anoche, antes de subir a tu *suite* del hotel en Cannes. ¿Te sirve?

—Mucho.

—¿Te parece que tardaremos mucho en llegar a ese sitio donde está el oro?

—Depende.

—¿De qué?

—De que vayamos nadando, en yate o en avión. Vamos, vamos, querida, sé inteligente conmigo.

Ella le miró con reproche.

—¿Crees que te estoy sonsacando?

—¿No? —rió Boris.

Claudia volvió a echarle los brazos al cuello, y le besó, ahora en la barbilla.

—No quiero que me lo digas. ¿Entiendes, Boris? Si para demostrarte mi sinceridad cariñosa hacia ti tengo que ignorar cuál es ese lugar, no quiero saberlo. Ahora no querría saberlo aunque me lo dijeras. Solamente pensaba en la... posibilidad de que te ocurriese algo... desagradable.

—Comprendo... En cuyo caso, te constituirías en mi heredera universal. ¿No es eso?

—Lo había pensado, es cierto —admitió Claudia—. Pero ya no volveré a insistir sobre eso, si tanto te molesta.

La llamada a la puerta la hizo ponerse en pie bruscamente, muy abiertos los ojos.

—Parece que tengo otra visita —susurró el soviético, sonriendo fríamente.

Fue de nuevo hacia la puerta, mientras Claudia corría a colocarse junto al quicio, de modo que quedaría oculta por la misma puerta al ser ésta abierta. Cuando esto ocurrió, Sokolov se quedó mirando con una pizca de sorpresa a la nueva mosca.

—Señorita Fabesham... ¿Puedo servirla en algo?

Ella entró, y Sokolov abrió más la puerta, de modo que, al acercarse más a la pared de la habitación, aún ocultó más completamente a Claudia.

—Tengo pensado ir después del almuerzo a Niza, señor Sokolov.

—Un viaje interesante. Y Niza es una hermosa ciudad... ¿Alguna visita?

—No. Solamente voy de compras, en mi auto. He pensado que quizá querría acompañarme.

—Pues... lo haría con gusto, se lo aseguro, señorita Fabesham. Pero, de acuerdo al convenio que tenemos su padre y yo, no me está permitido salir de la villa. Cosas de los negocios.

—Sería un hermoso paseo. Y podríamos... regresar tarde, después de divertimos un rato.

—¿Qué clase de diversión?

—Ya encontraríamos una, Boris.

—Emmm... Me pareció que no pensaba simpatizar conmigo, Fanny.

—Estaba disgustada. Soy una mimada y caprichosa niña, acostumbrada a tener lo que quiere. Me irritó mucho que Claudia se me hubiese adelantado... ¿O no pasó... nada?

—¿Tendría eso importancia?

Fanny Fabesham se quedó mirando ansiosamente los formidables ojos dorados de Boris Sokolov.

Se abrazó a él, de pronto, cerrando con un pie la puerta.

Fanny Fabesham notó la tensión del hombre, lo soltó y se quedó mirándolo con infantil resentimiento.

—¿No te gusta que...?

Se volvió de pronto, como intuyendo aquella otra presencia en el dormitorio. Su azul mirada chocó con la verde de Claudia. Fue como el roce de dos pedernales.

Fanny enrojeció intensamente, y se volvió hacia el ruso, chispeando de rabia sus ojos.

—¡Cochino!

¡Plaf!

El insulto y la bofetada resonaron al mismo tiempo en el dormitorio. Y en un segundo, Fanny Fabesham había abandonado aquél, brillantes de furia sus ojos. Boris Sokolov parecía petrificado, pero sonreía fríamente.

—Bien —suspiró—. Me pregunto cómo me las he arreglado en tan poco tiempo, para organizar este pequeño lío. Una niña mimada y caprichosa, y una secretaria ambiciosa y... comfortable. ¿Qué debo hacer?

—Podemos ir a la playa —rió Claudia.

—Sí. Creo que será lo mejor. Un poco de agua fresca del mar le vendrá bien a mi golpeada carita. Esa chica tiene muy mal genio, ¿no te parece?

Claudia volvió a echarle los brazos al cuello, sonriendo muy dulcemente.

—Me tienes a mí, que lo tengo mejor... ¿Vamos a la playa ahora mismo?

CAPÍTULO V

Hacia las tres de la tarde, ya finalizado hacía rato un formidable almuerzo, Boris Sokolov y Claudia Shearer dormitaban en la playa, tendidos al sol, ella en bikini, él con un *slip* amarillo obtenido de su lancha.

Vittorio y Jacques, los otros dos guardaespaldas de los Fabesham, rondaban por la villa, soñolientos. Luigi y Korzec se habían ido con Fanny a Niza, por orden de su padre. En cuanto a éste, se había retirado a su dormitorio, para dormir la siesta en silencio y más fresco que tumbado al sol en la playa, evidentemente.

Boris y Claudia abrieron los ojos casi a la vez, al oír el monótono y clásico rumor de un helicóptero volando por encima de ellos, relativamente cerca.

El ruso miró su reloj sumergible con el ceño fruncido.

—¿Hay alguna línea regular de helicópteros por aquí cerca? Quiero decir, alguien que los alquile, o que haga rutas turísticas por la Costa Azul...

—No, que yo sepa —bostezó Claudia—. Todo lo que espero es que no tomen tierra en esta playa. Me gusta esta paz casi tanto como un collar de perlas.

—¿Casi tanto...? —rió Boris—. Eso quiere decir que te gustaría más un collar de perlas, ¿no?

—Oh, querido, eso es natural en cualquier mujer... Me gustaría tener el collar de perlas, otros de brillantes, pulseras, relojes-joya, un yate, una villa como ésta, criados...

—Parece como si estuvieras sugiriéndome el modo de invertir mi parte en este negocio —dijo Boris.

—¿Y no te gusta la sugerencia?

—Digamos que la comprendo. Pero ignoraba que fueses tan tremendamente ambiciosa. Una villa, joyas carísimas, criados, yate... No te pones por poca cosa, ciertamente.

—Si los demás viven bien..., ¿por qué no puedo yo vivir lo mismo?

—Es una filosofía muy personal, pero del todo comprensible, sin duda. Pero también podrías preguntarte: si hay gente que vive mal... ¿por qué no debo yo vivir tan mal como ellos?

—Eso es mirar hacia abajo, Boris —rió Claudia—. Y yo siempre miro hacia las estrellas.

—Debes tener cualidades para la Astronomía.

Se echaron a reír los dos. Boris volvió a mirar hacia el cielo. El helicóptero estaba ahora casi encima de ellos, en dirección al mar, volando a menos de doscientos pies. El ruso miró de nuevo su reloj, frunció otra vez el ceño, y se puso a escucharlo de pronto.

—Parece que se ha parado... Es extraño...

—¿Extraño? ¿Por qué?

—Bueno, querida, me costó nada menos que mil trescientos francos... De los nuevos, claro. Y me aseguraron que era automático, y todas esas cosas —hizo girar entre su índice y pulgar derecho la pequeña ruedecilla de la cuerda manual y las agujas—. Me pregunto si la bella y caprichosa Fanny Fabesham habrá llegado ya a Niza en compañía de eso dos gorilas llamados Luigi y Korzec.

—¿Qué nos importa a nosotros?

—Nada... Mientras estemos bien, nada nos importa nada. Yo siempre digo que cuando todo va bien para uno, los demás deben arreglárselas como puedan.

—¡De acuerdo contigo! —rió Claudia, sentándose sobre la toalla.

—Claro que... estaríamos mucho mejor si esta villa fuese nuestra. Lo primero que haría sería despedir a esos dos matones que todavía están por aquí, llamados Vittorio y Jacques... ¿Cuánto calculas que puede valer esta villa? En dólares, querida.

—Oh, unos... cuatrocientos o quinientos mil, quizá.

—¿Tanto? Bien, de todos modos, con los dos millones que ya tiene Blasius Fabesham en efectivo en la casa podríamos comprar una igual en cualquier otra parte... Y aún nos quedaría para vivir a lo grande.

—¡Desde luego! —volvió a reír la muchacha.

—Me preocupa Fanny —deslizó Boris—. Esa chica, con su velocísimo coche deportivo, podría matarse en cualquier momento. No es bueno conducir cuando uno está... alterado. Parece que se enfadó conmigo porque no podía acompañarla a Niza, ¿verdad?

—Oh, Boris ¿qué nos importa eso a nosotros?

—Realmente, nada. ¿Sabes una cosa, Claudia?

—¿Qué cosa?

—Es sobre nosotros... Respecto a continuar juntos después de este negocio. Me pregunto si todo tu gran interés por saber dónde está exactamente el oro, hasta el punto de comprarme un mapa del Mediterráneo, es... perverso o ingenuo. Sí, ésas son las palabras.

—No te entiendo...

—Verás: tu interés sería ingenuo si realmente solo estuvieras pensando en facilitarme las cosas, en hacerme la vida más... agradable. Pero tu interés sería perverso si sólo estuvieras dedicada a sonsacarme, para hacer luego alguna jugada... personal con el fin de conseguir tú sola el oro. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. Pero, Boris, ya te he dicho...

—Oh, sé muy bien lo que me has dicho, y lo que... Bueno, has sido en verdad... confortable. Pero, por si acaso, no quisiera perderte de vista.

—Estás bromeando —rió de nuevo Claudia.

—Por supuesto. Y ese helicóptero también parece estar bromeando encima de nosotros.

Era un helicóptero más bien pequeño, rojo y blanco, en forma de huevo. Estaba dando algunas vueltas por encima, como si, efectivamente, se propusiera aterrizar. Pero su indecisión era evidente.

—No se deciden a aterrizar, parece —comentó Claudia.

—Se están convenciendo, quizá, de que ésta no es la villa que van buscando. Bien, eso es todo —dejó de tocar la ruedecilla de su reloj y volvió a llevárselo al oído—. Ajá... Ahora funciona perfectamente. Asunto arreglado.

Se quedó mirando el helicóptero, que todavía dio un par de vueltas más por allí, muy cerca y a poca altura. Luego se alejó, tierra adentro, hasta desaparecer tras las copas de los pinos.

—Me tenía fastidiada con su ruido —suspiró Claudia—. ¿Qué podríamos hacer esta tarde, Boris?

—Te propondría un paseo por Cannes o por Niza, pero estoy... prisionero, ya lo sabes. ¿Qué te parecería un partido de tenis?

—¡Oh, sí...! ¡Estupenda idea, querido!

—Pues vamos allí. Mmm... Podríamos hacerlo, el primero, a diez *games*, y te concedo dos de ventaja. Del segundo *set* hablaremos cuando se termine el primero. A lo peor, estoy presumiendo de ganarte, y me das la gran paliza.

Se había puesto en pie, y ayudó a Claudia a hacer lo mismo. Ella apretó con sus manitas los brazos marcados por los grandes músculos elásticos del ruso y susurró:

—Sería imposible no dejarse dominar por estos brazos...

CAPÍTULO VI

Hacia las ocho, ya con el sol en el ocaso, Blasius Fabesham se dignó hacer su aparición, procedente de la casa, hacia la terraza donde Boris Sokolov y Claudia se dedicaban a un amistoso póquer en el que, en cifras redondas, la muchacha le debía al ruso nada menos que quinientos millones de dólares, lo cual provocaba la hilaridad de ambos. En la mesita, una botella de vodka, mediada ya, debido a los frecuentes tragos de Sokolov. Claudia bebía cóctel de champaña, bebida que Sokolov había despreciado con simpático gesto horrorizado.

—Ahí viene tu jefe. Y parece contento.

—Mejor. Siempre es más agradable tratar con personas alegres.

—Apuesto algo a que hablará de dinero. Por cierto, ¿no podrías pedirle prestados los quinientos millones que me debes? Me los pagas, luego nos fugamos, y él se queda con un palmo de narices.

Cuando Blasius Fabesham llegó a la terraza, Claudia y el rubio y apuesto soviético estaban riendo la ocurrencia de éste.

—Claudia —dijo precipitadamente—, tendrás que ir a Niza.

—¿A buscar a la niña que se está portando mal...? —sonrió Boris.

—No... —Fabesham frunció el ceño y miró su reloj—. Ya debería estar aquí, desde luego. Sabe que podemos partir en cualquier momento...

—¿De veras? —se sorprendió mucho Sokolov—. ¿Acaso tiene ya los cinco millones, Fabesham?

—Pronto. Muy pronto... Precisamente por eso tiene que ir Claudia a Niza. Si ves a Fanny, te la traes. Esos dos estúpidos ya debían haberla traído de vuelta...

—Además de buscar a Fanny..., ¿qué tengo que hacer en Niza,

señor Fabesham?

—Pietro llegará al aeropuerto a las diez y media, procedente de Berna. Y prefiero recogerlo en uno de nuestros coches a que tome un taxi o alquile un coche...

—¿Y por qué no van sus matones? —propuso Sokolov—. Si Claudia se va, me moriré de aburrimiento.

—Déjese de tonterías, Sokolov. En cuanto a Vittorio y Jacques, los quiero aquí, sobre todo no estando Korzec y Luigi. Claudia es la persona indicada para ir a esperar a Pietro. Y cuantos antes salgas, mejor, Claudia.

—¿Por qué tanta prisa? —protestó Boris—. Puede llegar a Niza en menos de media hora, y sólo son las ocho... Si el avión llega a las diez y media, hay tiempo de...

—Será mejor que me vaya ahora —murmuró pensativamente la preciosa pelirroja—. Me dedicaré a buscar a Fanny en primer lugar. Ella se... disgustó con Boris y conmigo esta mañana, señor Fabesham, y mucho me temo que...

—Búscala bien —gruñó Fabesham—. Y si está bebiendo como una idiota por ahí, o con esos lindos muchachos del Boulevard des Anglais te la traes. Les dices a Luigi y Korzec que ésas son mis órdenes, y que les rompan la cara a esos imbéciles gigolós de dulce sonrisa... Y que se preparen ellos para recibir mis golpes... ¡Par de cretinos!

—Parece que su hija sabe buscar sus propias diversiones, Fabesham. Estoy por decir que la tiene muy malcriada.

—Métase en sus asuntos, Sokolov. Y tú, Claudia, ve a buscar a Pietro.

Claudia se puso en pie, sonriendo burlonamente.

—Hasta luego.

Se alejó hacia la casa para cambiarse de ropa. Los dos hombres quedaron solos en la terraza, y Boris Sokolov señaló la silla dejada vacía por la pelirroja.

—¿Una partida, Fabesham? Quizá le gustaría jugarse los cinco millones. O todo... o nada.

Blasius Fabesham se quedó mirando fijamente al soviético, que barajaba las cartas con notable torpeza. Un destello de astucia pasó por sus ojos.

—¿Tan imbécil me cree? —sonrió.

Boris encogió los hombros.

—No sería el primero que pierde esa cantidad... O que la gana. De todos modos, será mejor que no juguemos. Luego no tendría dinero para pagar sus pérdidas. Igual que Claudia... ¿Cuánto diría que le he ganado?

—¿Mil dólares?

El ruso se echó a reír de buena gana.

—¡Quinientos millones! —exclamó—. ¿No le apetece un trago de vodka?

—No.

Se sentó y quedóse mirando de nuevo fijamente a aquel extraordinario ejemplar masculino de ojos dorados y hombros de atleta. A su pesar, incluso él tenía que admitir que la presencia de Boris Sokolov era sumamente agradable. El ruso bebió otro trago de vodka, directamente de la botella, y quedó pensativo unos segundos, siempre barajando torpemente las cartas.

—Estaba pensando... —dijo de pronto—. Estaba pensando en los preparativos, Fabesham.

—¿Qué preparativos?

—Bueno... Sacar dieciséis mil libras en barras de cincuenta cada una no será cosa demasiado fácil... ¿Cuenta con hombres para ello?

—Jacques, Luigi, Vittorio y Korzec podrán hacerlo. Luego, estamos usted y yo. Y también Fanny y Claudia podrán ayudarnos.

—¿No le parece que somos pocos?

—Espero, Sokolov, que no se le haya ocurrido la tontería de querer mezclar a nadie más en este asunto.

—No sé... Bien, creo que tiene razón. Pero sepa que la labor será agiotadora para todos, Fabesham. Y larga.

—¿Tendrá eso importancia?

—Por mi parte, no. ¿Quién es ese Pietro que va a llegar al aeropuerto de Niza a las diez y media?

—Mi hombre de confianza.

—Entiendo. ¿Fue a Suiza a conseguir el dinero que usted tenía allí?

—Sí. Llega con dos millones y medio de dólares.

—¡Fiuuu...! —Silbó Sokolov—. Espero que no tenga contratiempos con ellos en la aduana.

—Los trae en un talón para un Banco de Cannes. Mañana por la

mañana iré a retirarlos.

—Eso está mejor... Oh, nuestra preciosa Claudia se va... Es una chica muy diligente, ¿no cree? Se cambia de ropa muy velozmente.

Claudia había salido de la casa y saludaba con la mano a los dos hombres, camino del garaje. Poco después salía en un «Mercedes» cerrado, azul oscuro...

—Sokolov —musitó Fabesham—, no complique las cosas.

—¿A qué se refiere?

—A Claudia. Ella lleva conmigo casi cinco años. Era poco menos que una mocosa cuando la contraté; no quisiera perderla, pues es una efficacísima secretaria, y no se arredra por nada. Le pago un sueldo magnífico, vive gratis con nosotros, le hago regalos... No me complique la vida obligándome a buscar otra chica inteligente y que sea de mi confianza.

—Fabesham: si yo hiciera tal cosa, el que se complicaría la vida sería yo. Y eso es una tontería, en mis condiciones. Además, me gusta la libertad, la completa independencia... Después de conseguir separarme de la MVD no voy a ser tan imbécil de cargar con una chica, por bonita que sea. El mundo está lleno de chicas bonitas. Incluyendo su hija, por ejemplo.

Blasius Fabesham entornó amenazadoramente los ojos.

—Cuidado, Sokolov... —susurró fríamente—. Una cosa es Claudia y otra cosa es Fanny. Secretarias puede haber muchas, pero sólo tengo una hija.

—Bueno, yo sólo lo decía porque tengo la impresión de que le resulto simpático a Fanny.

—Sobre eso no habrá discusiones. Jamás le he privado a mi hija de un solo capricho. Creo que ella tiene derecho a gozar de la vida como se proponga, y se lo he permitido todo. Aunque algo ocurriese entre ustedes, yo no me alteraría, porque ése sería el capricho de Fanny. Pero si está pensando en llevársela de mi lado...

—Calma, calma... Ya le he dicho que hay muchas chicas bonitas en el mundo, Fabesham. No tengo por qué encapricharme de su hija. Ni de ninguna determinada, de un modo fijo.

—Sokolov, usted se irá de aquí.

—Sin duda. Oh, me alegra comprobar que usted es un buen padre... ¿De veras no quiere vodka?

—No.

—Más para mí. Veamos... Tiene usted ya dos millones aquí, le llegarán otros dos esta noche..., es decir, mañana, cuando los cobre en ese Banco de Cannes... ¿Y el quinto millón, Fabesham?

—También lo tendré mañana por la mañana.

—¡Espléndido! ¿De dónde lo sacará?

—Pietro hipotecará la villa, venderá un par de coches, algunas acciones que tengo en el Banco, un par de quintas cerca de Mónaco...

—Eso llevará mucho tiempo, ¿no?

—Muy poco, para mí.

—Ah, claro... Olvidaba que usted es un hombre de grandes... recursos. Bien, cada momento es más grato para mí saber que hice una perfecta elección. Respecto a...

Se oyó la llegada de un coche. Sokolov miró con indiferencia hacia allí, y parecía dispuesto a seguir cuando Fabesham casi suspiró:

—Ahí está Fanny.

—Pues lo celebro. Como le decía, respecto a la...

—¡Señor Fabesham! —tronó la voz de Luigi.

Fabesham se puso en pie de un salto, y Sokolov se quedó mirando nuevamente hacia la casa, frente a la cual se había detenido el coche. Fabesham echó a correr hacia allí, y Sokolov, tras otro traguito de vodka, pareció pensar que sería más distraído ir a ver qué ocurría que continuar allí solo, de modo que se fue hacia allá con la botella.

Cuando llegó junto al coche deportivo, descapotado, Fabesham estaba intensamente pálido, mirando como si no comprendiese el cadáver de Korzec, tendido de modo grotesco en el piso del coche, en el angosto asiento de aíras, casi nunca utilizado. Luigi tenía como una estrella en la frente, que se ramificaba por todo el rostro...

—Aparecieron en otro coche, con pistolas. Korzec quiso sacar la suya...

—Fanny. ¿Dónde está Fanny? —Tembló la voz de Fabesham.

—Se... se la llevaron...

Blasius Fabesham quedó como machacado, como prensado por la angustia, Sokolov, fruncido el ceño, se encaró con el atribulado, nerviosísimo, Luigi.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se la han llevado... Eran tres, con pistolas... Le dispararon a Korzec... Me fui cuando... Iban en un «Alfa Romeo» más veloz que...

El ruso le tendió la botella de vodka.

—Toma. Bebe un trago, serénate, y luego cuenta bien las cosas.

Luigi no se hizo rogar en lo del trago. Fue tan largo, que casi acabó de vaciar la botella, lo cual consternó un poco al ruso, que dedicó de nuevo su atención al matón, prescindiendo de Fabesham, que sólo hacía que musitar el nombre de su hija, cada vez más pálido...

—Eran... eran tres hombres. Iban en un «Alfa Romeo», que apareció de pronto en la carretera, cuando regresábamos. La señorita Fanny iba al volante, vio el coche, y tuvo que frenar, para evitar el choque. Los dos coches quedaron casi tocándose. Entonces salieron de él tres hombres pistola en mano... Korzec quiso sacar su pistola, y uno de ellos le metió una bala en el pecho... Sin ruido. Era una pistola con silenciador. Los otros dos me... me apuntaron a mí, no tuve tiempo de reaccionar... ¡Señor Fabesham, le juro que no pude hacer...!

—Deja eso —cortó secamente Sokolov—. ¿Qué más pasó?

—El que había disparado contra Korzec le dijo a la señorita Fanny que se apease... Esto es todo lo que pude oír, porque uno de los dos que me apuntaban a mí, me dio un... un aparato, y en seguida me golpeó en la frente con su pistola. Yo... yo no recuerdo ya nada más, hasta que desperté. El coche estaba fuera de la carretera, entre unos pinos, y yo estaba solo, con... con Korzec ahí, como está ahora...

—¿Y mi hija? —gimió Fabesham—. ¿Y Fanny? ¡Luigi, maldito, tienes que decirme...!

Se abalanzó contra el matón, pero Sokolov lo apartó rudamente, sin importarle que ya hubiesen acudido Jacques y Vittorio, que parecían tan asustados como Luigi. En la puerta de la casa estaba el mayordomo, también oyéndolo todo, impresionado.

—¡Cálmese, Fabesham! —exigió el ruso—. ¡No ganaremos nada perdiendo la serenidad!

—La van a matar, la matarán... ¡La matarán...!

—No sea estúpido una vez más —gruñó despectivamente Boris

—. Si quisieran matarla, su cadáver estaría con el de Korzec. Luigi, ¿qué aparato te dio aquel tipo...?

Luigi lo sacó del bolsillo y lo tendió a Sokolov, que no tuvo que mirarlo más que una fracción de segundo para saber lo que era.

—Una radio de bolsillo. Parece que alguien quiere que nos comuniquemos, Fabesham. ¿Lo hace usted o lo hago yo? Oh, déjelo, yo lo haré. ¡Y serénese de una vez! ¡Beba vodka y cálese!

Le metió la botella en el pecho, y Fabesham la sujetó sin saber lo que hacía, sin notar la dureza del golpe. Luego, como un autómata, acabó el contenido, mientras Sokolov, tras otro brevísimo examen, accionaba la pequeña radio.

—¿Hola? —musitó—. ¿Quién está a la escucha?

La voz que respondió, en francés, llegó claramente a oídos de Los reunidos junto al coche:

—Usted no es Blasius Fabesham.

—No lo soy. Pero eso no importa. ¿Quiénes son ustedes y qué es lo que quieren?

—Dos millones de dólares a cambio de la hija de Fabesham. Dígaselo a él y denos su respuesta dentro de cinco minutos. Naturalmente, si esa respuesta es negativa, la chica morirá. Cinco minutos para tomar una decisión. Es todo, por ahora.

Sokolov cerró la radio y se enfrentó a Fabesham, mirándolo expectante.

—Ya lo ha oído.

—Es una trampa... ¡Una trampa de usted y sus amigos, Sokolov!

—¿De veras? Creo que no lo entiendo muy bien. Explíquese, si es tan amable, Fabesham.

—Usted... me ha obligado a reunir dos millones de dólares en efectivo, en billetes pequeños, usados, sin marcar... Y ahora, sus amigos me los piden... ¡Todo estaba planeado!

—Es cierto —admitió Boris.

—¿Lo admite? —chilló Fabesham—. ¡Yo le...! ¡Apuntadle!

En un instante, las pistolas de Luigi, Jacques y Vittorio quedaron apuntadas al pecho del ruso, que sonreía con una ironía realmente ofensiva.

—Adelante —dijo—. Lo menos que me merezco, por imbécil, es que me maten, Fabesham. Dé la orden... ¿Qué está esperando?

—Mi hija... ¡Sus amigos tienen a mi hija! Si yo le matase a

usted..., la matarían a ella.

—Claro. Porque mis amigos y yo somos tan imbéciles como usted, Fabesham. Resulta que usted nos va a proporcionar cinco millones de dólares en efectivo a cambio de oro... Cinco millones. Pero nosotros somos tan rematadamente idiotas que nos conformamos con dos. Y, además, con sacrificio de mi vida. Sí... Soy tan pobre tonto que merezco morir. ¿Para qué vivir siendo tonto?

—¿Qué... qué está tratando de decirme...?

—¿De verdad no lo entiende? Mire, Fabesham, para raptar a su hija yo no tenía por qué hacer todo este teatro. La raptábamos, le pedíamos a usted dos millones, y ya está. ¿Qué nos importaba que los tuviese ya reunidos o que tardase un día o dos? Pero no. Mis amigos y yo somos unos pobres tontos, que tenemos al alcance de la mano cinco millones de dólares y pedimos sólo dos, complicándonos la vida con un rapto, perdiendo tres millones... Por todos los demonios, Fabesham —se irritó ahora Sokolov—: ¿cómo puede ser tan imbécil?

—¿No es cosa de usted?

—¡Claro que no! —estalló el ruso—. ¡Y dígales a estos desgraciados que guarden sus armas o le voy a romper la cabeza a alguno!

Esto deshinchó todavía más a Blasius Fabesham, que hizo una seña a sus hombres y se quedó mirando como derrotado a Sokolov.

—Entonces... ¿quiénes son ellos? —musitó.

—Unos tipos listos. Es posible que se hayan enterado de que usted ha reunido dos millones de dólares... Gente de sus esferas, Fabesham. Le conocen bien, saben cómo quiere usted a su hija, saben que ha reunido dos millones... Y los quieren. ¿Qué importa quiénes sean?

—Sí... Sí, es cierto... Yo... tendré que pagar ese dinero, Sokolov.

—Eso es cuenta suya.

—Pero si pago ese dinero no tendré los cinco millones para usted y sus amigas...

—También eso es cuenta suya. Es usted quien debe decidir, Fabesham: o el negocio o su hija. ¿Realmente no podría conseguir otros dos millones de dólares?

—Bueno... No sé. He convertido en efectivo todos mis asuntos,

Sokolov. Incluso mañana, como le he dicho antes, Pietro irá a hipotecar la villa, un par de quintas, venderá dos o tres autos...

—Fabesham, eso no interesa. Yo le pregunto si puede conseguir de algún modo esos dos millones de dólares más.

—Cabe... una posibilidad. Tengo un... amigo en Génova que...

—¿Otra contrabandista? —sonrió secamente el ruso.

—Sí. Hemos hecho un par de buenos negocios juntos... Podría pedirle prestados dos millones de dólares, creo. Pero él no es persona que confíe en nadie...

—¿Ni en usted?

—Quizá, sí. Pero está su negocio... Él mueve dinero para ganar dinero, no por altruismo.

—Ofrézcale algo. Algo interesante... Dígale que le preste dos millones para mañana mismo, y que usted le devuelve dos millones y medio la semana próxima, o dentro de quince días. Es un buen negocio, creo yo.

—Sí... Sí, podría hacerlo...

—Bien. Están pasando los cinco minutos —alzó la pequeña radio—. ¿Qué les digo a éstos?

—Que sí. Pagaré, Sokolov. Pero sepa que si no consigo que mi amigo de Génova me preste ese dinero, nuestro negocio ya no podrá realizarse..., a menos que usted se conformase con...

—Yo quiero cinco millones, Fabesham, eso es todo. Y se me está ocurriendo que... Bueno, en realidad, esos tipos me están robando de mis millones de dólares. Quizá me decida a darles un disgusto... si usted me devuelve mi pistola.

—¿Qué está tramando ahora?

—No sé. Es posible que pudiésemos recuperar a su hija... y volver con los dos millones.

—No quiero riesgos para Fanny. No, no, Sokolov... Pagaremos.

—Como quiera —accionó la radio—. ¿Me están oyendo ustedes?

—Perfectamente —le contestaron, de nuevo en francés—. ¿Qué ha decidido Fabesham?

—Pagaré los dos millones. ¿Dónde y cuándo?

—Esta misma noche. El dinero lo llevará una sola persona, en coche. Ésta es la ruta que deberá seguir: de Jean-les-Pins a Antibes. Cruzará Antibes, tomará la carretera a Niza y se desviará en seguida a la primera bifurcación, hacia la izquierda. Hacia Grasse,

concretamente. Pasado el cruce de Grasse-Cannes un kilómetro, hay un camino a la izquierda, lo seguirá. Antes de recorrer otro kilómetro, verá una pequeña villa vieja, que parece cerrada, solitaria. Detendrá el coche delante de la villa, tirará la maleta con el dinero, dará la vuelta y se alejará cien metros. La hija de Fabesham se reunirá con él dos minutos más tarde, y podrán marcharse.

—¿Cómo podemos estar seguros de que devolverán a la chica?

—Es una pregunta tonta. ¿Para qué la queremos?

Sokolov miró a Fabesham, fruncido el ceño, y le vio asentir con la cabeza.

—De acuerdo. Saldré hacia ese lugar dentro de cinco minutos.

—Pues eso es todo. Me parece innecesario advertirles que si intentan algo...

—Ya sé, ya sé. Hasta luego.

Cerró la radio y la guardó.

—¿Tiene un coche grande, Fabesham, con espacioso maletero?

—Sí... Claro.

—Bueno... ¿Cree que dentro cabrían Vittorio y Jacques?

—¿Por qué pregunta eso?

—Otra pregunta tonta... La suya, ahora, claro. Fíjese bien: yo llevo el dinero, pago, me devuelven a su hija... y nos vamos. Pero antes de llegar a esa villa cerrada, Jacques y Vittorio salen del coche y se acercan a la casa. Cuando nosotros nos hemos alejado lo suficiente, dejo el volante a su hija, para que venga aquí. Me reúno con ellos dos, y... quizá recuperemos el dinero.

—Demasiado fácil. Esa gente habrá tomado sus precauciones.

—¿Qué podemos perder? No olvide que su hija ya estará a salvo.

—Bien... Es un riesgo para usted y mis hombres, Sokolov.

—No me gusta que unos desgraciados vengan a llevarse un dinero que ya consideraba mío.

—Está bien... Haga Lo que le parezca... ¡Pero cuando mi hija esté ya a salvo!

—De acuerdo. Deme el dinero y mi pistola. Vittorio, ve a buscar el coche grande al garaje, y tú y Jacques os esconderéis en el portamaletas, para...

CAPÍTULO VII

La villa, efectivamente, parecía solitaria. Estaba cerrada, de modo que, evidentemente, para un observador normal, nadie vivía allí en aquellas fechas. El silencio era absoluto.

Boris Sokolov salió del coche, con la maleta de tela de alfombra conteniendo los dos millones de dólares. La tiró hacia la casa, ostensiblemente. Volvió al coche y se alejó un centenar de yardas, para detenerse de nuevo en el camino, bajo la sombra de unos cuantos pinos. A su alrededor había un leve resplandor de luz lunar, oculta bajo unas nubes espesas, que parecían grises, resplandecientes...

Dos minutos después, Fanny Fabesham aparecía junto al coche, y Boris se apresuró a apearse. La muchacha se echó en sus brazos, casi temblando, asustada hasta el punto de que no podía ni hablar.

—Bueno, bueno, pequeña caprichosa... Seguro que no estabas acostumbrada a estos sustos. Al menos, esto te servirá para que comprendas que no siempre puedes ganar, hacer lo que quieras... Tu papaíto complaciente debió enseñarte también esto.

—Quiero ir a casa, Boris...

—Oh, sí. Sube al coche y vete.

—¿Qué...?

El ruso sacó una pequeña linterna de bolsillo y lanzó una señal en dirección opuesta a la casa. Guardó la linterna y empujó a la muchacha dentro del coche.

—Ahora, vete. Eso es todo.

—Pero quiero que tú vengas...

—Tranquila, nena. ¿Ya vuelves con tus caprichos? El dinero de papá lo ha arreglado todo, ¿no es eso? Ya se te ha pasado el susto, ya vuelves a mandar... Por un momento, me pareció que esos

hombres, al menos, te habían hecho el favor de hacerte recapacitar. Pero sigues igual de caprichosa. Vete.

—Boris... Yo me iré, si tú me lo mandas...

—Vaya... Eso está bien, pequeña. Y, en efecto, te lo mando. Así que... adiós...

Fanny le abrazó por el cuello y le besó en la boca. Luego, se alejó, lentamente, por el estrecho camino... En el acto, Jacques y Vittorio aparecieron junto a Sokolov, pistola en mano.

Éste sacó la suya.

—Muy bien. Vamos a ver qué nos dicen esos listos muchachos que tienen ahora dos millones de dólares. Vittorio, tú irás por...

Se calló bruscamente. Hasta ellos llegaba con toda claridad el sonido de un potente motor, de petardeo inconfundible. El, primero en comprender lo que era aquello fue Sokolov, que pareció recibir un tonel de agua fría encima.

—¡Un helicóptero...! —musitó—. ¡Se van en un helicóptero!

Echó a correr hacia la casa, seguido de Vittorio y Jacques. En seguida vieron el pequeño aparato en forma de huevo, rebasando ya el tejado de la villa, por el otro lado... Y cuando llegaron cerca de la casa, el helicóptero estaba ya indiscutiblemente fuera de su alcance, perdiéndose como si se estuviese incrustando en las negras nubes que ocultaban la luna.

Boris Sokolov lanzó una maldición, en ruso, y pareció a punto de tirar su pistola contra el suelo.

—Tu idea fue brillante, Sokolov... —rió Vittorio—. Pero, según veo, no eres el único tipo listo del mundo. ¿Qué sugieres ahora? ¿Cómo volvemos a la villa?

—Un rato a pie y otro andando —masculló el ruso—. Quizá alguien nos lleve en coche hasta Jean-les-Pins, o a Cannes, donde alquilaríamos un taxi...

CAPÍTULO VIII

Habían llegado tan tarde, procedentes de Cannes, que incluso Claudia estaba ya allí Y también Pietro, el hombre de confianza de Blasius Fabesham...

—Estoy seguro de que debía ser el mismo helicóptero que Claudia y yo vimos esta tarde en la playa —gruñó Sokolov—. ¿Lo recuerdas, Claudia?

—Sí, es cierto...

—Debían estar ya tramando algo. Estuvieron por encima de nosotros, vigilando. Comprendieron que Fanny no estaba en la villa, quizá, y fueron a por ella. O quizá querían saber cuántos hombres quedaban aquí, y por tanto cuántos iban con ella... Lo lamento, Fabesham...

El americano estaba muy pálido, pero tranquilo, con un brazo rodeando la cintura de su hija.

—Ya no sirven las lamentaciones. Y para mí, lo más importante es que Fanny está en casa otra vez.

—Claro —sonrió Sokolov—. Por cierto, ¿qué hacemos con el cadáver de Korzec?

—Habrà que enterrarlo en el jardín. En estos momentos, no nos interesa llamar la atención sobre mi villa con un entierro formal. Ni mucho menos, dar explicaciones a nadie sobre cómo ha muerto Korzec. —Fabesham miró a Luigi, que era el único de sus hombres que estaba allí—. Espero que lo entiendas, Luigi, y que lo hagas comprender a Vittorio y Jacques.

—Sí, lo entiendo, señor Fabesham. Además, los muertos importan bien poco...

—Según y cómo —cortó secamente Boris Sokolov.

—¿Cómo? —se sorprendió Fabesham—. ¿Y eso lo dice usted,

Sokolov, un ex espía profesional?

—Bueno, bueno —el ruso hizo un esfuerzo por sonreír—. He querido decir que hay muertos que sí tienen importancia. En definitiva, todo eso es asunto suyo. Los muertos, muertos están.

—Me sorprende su actitud, Sokolov.

—A mí también —ahora, el esfuerzo de Boris ya no fue tan grande—. En realidad, he querido decir que hay muertos que dejan un recuerdo intenso. Pero, claro, ése no es el caso de Korzec. No a mí, al menos.

Hubo un par de segundos de sorpresa por parte de todos. Incluso Fanny Fabesham, que, ciertamente, era la menos «profesional» en los asuntos de vida y muerte, miró sorprendida al ruso, que acabó por levantar las manos, como pidiendo disculpas.

—Está bien, ha sido una tontería mía. ¿Puedo hacer algo más, antes de retirarme?

—Desde luego. Devuélvanos su pistola... Y la radio de aquella gente. Es de suponer que, convenientemente retocada, le serviría para ponerse en contacto con sus amigos.

—Y eso, según usted, no es conveniente. De acuerdo, Fabesham, aquí tiene mi pistola y la radio. Y ahora, si me lo permite, quisiera sugerirle algo... Mejor dicho, recordarle algo: le faltan dos millones de dólares. Exactamente, los que se llevaron los tipos del helicóptero. Quiero insistir en que mi trato son cinco millones. Ni un centavo menos.

—¿Por qué no tres millones, tan sólo? —deslizó Pietro Vani.

El ruso se quedó mirándole con burlona amabilidad.

—Amigo Pietro, usted parece un hombre sano de mente... Quiero decir, inteligente. Además, es más bien guapo y atractivo... Un poco gordito, quizá. Pero joven... ¿Cuarenta años?

—Sólo treinta y ocho —sonrió Pietro Vani.

—Treinta y ocho. Bueno, es una edad interesante. ¿Cuánto calcula que puede usted vivir, sin tropiezos desagradables de ninguna clase?

—No sé... Me cuido mucho... Quizá podría llegar a los ochenta. ¿Cómo saberlo, Sokolov?

—Claro, es imposible... Pero supongamos que vive hasta los ochenta años. Yo soy más joven que usted, y parezco más fuerte —sonrió irónicamente—. De acuerdo a mis posibilidades normales,

quizá llegaría a los noventa. ¿Por qué no? Y ahora yo le pregunto, ¿no es mejor disponer de mi parte de cinco millones hasta esa edad, a disponer de mi parte de tres millones?

Pietro Vani sonrió divertido, casi simpático.

—Buen argumento, Sokolov. Hágase cuenta de que no he dicho nada.

—Eso está mejor. Cinco millones, no lo olviden. Creo que sería conveniente que ya se pusiera usted en contacto con un amigo de Génova, Fabesham. Mi idea sigue pareciéndome buena: dos millones prestados por quince días, para devolver dos y medio. Cualquier persona en su sano juicio y contando con garantías que ya deben existir entre ustedes, aceptaría.

—Sé que aceptará —musitó Fabesham—. Pero Reinaldi es... peligroso.

—¿Peligroso? No comprendo.

—Si no le doy los dos millones más el medio de beneficio, en la fecha convenida, él... recurrirá a sus asesinos. Yo no viviría ni siquiera una semana, por mucho que me escondiese.

—¿Por qué esconderse? Usted tendrá diez millones en oro. Pero supongamos que yo les estoy engañando, que les estoy mintiendo... Sólo tendrán que matarme, tendrán su dinero, le dan a ese Reinaldi los dos millones y medio, y... y aquí casi no habrá pasado nada. Yo no me estoy jugando la vida por capricho, señores.

—Pediré ese dinero, Sokolov.

—Magnífico. Buenas noches a todos.

Se despidió con un gesto complementario de su mano derecha y salió del *living*.

—No me gusta —musitó Pietro Vani.

—¿Qué quieres decir? —se interesó Fabesham.

—No sé exactamente. Es un hombre... raro.

—¿Raro? —sonrió expresivamente Claudia.

—No en el sentido que tú quieres interpretar —sonrió también Vani—. Quiero decir que ese ruso me da la impresión de estar demasiado seguro de sí mismo. Es como... como una máquina. Como si todo cuanto ocurre o pudiera ocurrir estuviese ya previsto por él.

—No todo —sonrió astutamente Fabesham—. No, Pietro, estoy seguro de que Boris Sokolov no puede prevenirlo todo.

—¿Tienes, pensado algo... con respecto a él?

—Es posible. De momento, mañana vas a encargarte de hipotecar la villa, vender un par de coches... Vendes o hipotecas también las dos pequeñas quintas. Eso, junto al talón que has traído, sumará unos tres millones. Yo voy ahora mismo a pedirle a Reinaldi, por teléfono, que me envíe otros dos millones.

—Si tienes algún plan diferente..., ¿por qué tanta molestia?

—Porque quiero que nuestro buen Boris esté completamente tranquilo y calmado. Es un hombre difícil, eso lo sé. No gusta de las bromas ni las bravuconadas ajenas. Lo quiero manso. Por tanto, tú y yo, cada uno por nuestro lado, vamos a dedicarnos a conseguir esa suma de cinco millones. ¿Qué podemos perder con eso?

—Nada —sonrió Vani—. Realmente nada. Además, no hay nada mejor que el dinero en efectivo. Me ocuparé de mi parte.

—Y yo de la mía. En cuanto a Boris Sokolov... Yo sé lo que convendrá hacer con él cuando llegue el momento...

CAPÍTULO IX

Boris Sokolov entró en el cuarto de baño de su dormitorio y abrió el grifo del agua fría. Inmediatamente se sentó en el borde de la bañera, alzó su brazo izquierdo y manipuló en la ruedecilla de su reloj de pulsera.

—Boris Sokolov... —musitó—. ¿Podéis oírme?

—Adelante, querido Boris —brotó, débilmente, la voz del reloj de pulsera.

—Todo perfecto por aquí. ¿Tenéis a buen recaudo los dos millones de dólares?

—Desde luego. Tú también hiciste un trabajo muy convincente. ¿De verdad no tienes dificultades?

—Ninguna. Todo va muy bien. Fabesham va a pedir ahora mismo dinero prestado a un tal Reinaldi, de Génova. Otro contrabandista con el cual parece haber realizado algún negocio. En definitiva, Blasius Fabesham está cavando su propia fosa.

—¿No crees que te estás ensañando demasiado con él?

—¿Ensañando...? Oh, vamos, eso es una broma tuya, muchacho. Las cosas son como son, y así hay que aceptarlas. Si Fabesham pecó, que ahora lo pague.

—Han pasado más de diez años...

—Ni que fuesen mil —gruñó Sokolov—. ¿Qué demonios os pasa? ¿No estáis de acuerdo con mi plan?

—Por supuesto que sí. Es perfecto, está saliendo sin un solo fallo. No has dejado nada al azar. Pero no creo necesario ese ensañamiento con Fabesham. Bastaría...

—¡No bastaría nada! Quien la hace, la paga. Ésa es norma nuestra desde siempre. Y no hay por qué hacer excepciones con Blasius Fabesham. En todo momento tiene que quedar bien sentado

que quien mata a uno de los nuestros, jamás podrá sobrevivir. Fabesham lleva diez años de regalo. Es suficiente.

—Está bien, no te disgustes.

—No me disgusto. Sólo me irrita un poco. ¿Dónde estás?

—Querido Boris, deberías saber que para poder estar en contacto contigo por medio de ese ridículo transmisor de tu reloj, tengo que estar a menos de media milla de la villa de Fabesham. A la expectativa y con un arma esperándote, por si las cosas se pusieran feas.

—Pues no están feas. El plan sigue adelante con toda normalidad. Eso es todo.

—Pues hasta otra.

Boris Sokolov metió dentro la ruedecilla con su finísimo mástil. Se desnudó, se metió bajo el chorro de agua fría y estuvo allá no menos de cinco minutos, en realidad, distraído, sin prestar atención a la ducha. Se secó, se colocó la toalla en la cintura y salió del cuarto de baño...

—Hola.

El ruso quedó como clavado en el suelo, mirando fijamente a Fanny Fabesham. Ella estaba en pie, junto a la cama, brillantes los ojos... Sokolov miró hacia la puerta y se dio cuenta de que ahora el cerrojo había sido echado. Por lo visto, Fanny no deseaba ser molestada.

—¿Qué haces aquí? —Gruñó.

—De visita.

—¿De...? ¿Cuánto hace que esperas, cuánto hace que has entrado en mi dormitorio?

—Ni siquiera un minuto.

—Ah... Bien, ¿qué quieres, niña mimada?

—Solamente pretendía... darte las gracias por lo que quisiste hacer por mí.

—¿Por ti? —rió el soviético.

—Por mi padre, por nuestro dinero... O por el tuyo, si así quieres llamarlo. De un modo u otro, yo tengo la impresión de que fuiste tú, solamente tú, quien me sacó de allí, Boris.

—Muy bien. Has venido a darme las gracias... Pues ya lo has hecho. Ahora...

Sonó una llamada a la puerta. Sokolov miró con desconfianza a

Fanny, que se limitó a sonreír, antes de susurrar:

—No siempre es Claudia la más rápida.

Sokolov fue hacia la puerta, frunciendo el ceño.

—¿Quién es?

—Boris... Soy Claudia. Abre.

—Nos veremos mañana.

—Pero...

—Lo siento. Estoy nervioso, inquieto... Hasta mañana, Claudia.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, se oyeron las tenues pisadas de Claudia Shearer, alejándose hacia su propio dormitorio. Boris fue a la mesita de noche, encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama, mirando especulativamente a Fanny Fabesham.

—¿De qué estábamos hablando?

—De que he sido más rápida que Claudia en esta ocasión.

—Oh, sí... Sí, muy rápida.

—También hablábamos de que yo quiero agradecerte lo que has intentado, Boris.

—No hay por qué. No tiene importancia.

CAPÍTULO X

A media mañana del día siguiente, cuando Boris Sokolov estaba tumbado sobre una toalla, entre la rubita y la pelirroja, una lancha apareció en la playa, acercándose velozmente.

Para cuando quedó varada en la orilla, Blasius Fabesham ya había llegado allí, procedente de la casa, ataviado con un impecable albornoz rojo, blanco, verde y amarillo, a listas. Detrás de él estaban Vittorio y Luigi. Jacques se había quedado por los jardines, o quizá en la linde del pequeñísimo bosquecillo de pinos, vigilando siempre.

En la lancha iban dos hombres, uno de los cuales saltó a la arena, metiendo sus pies en la parte donde llegaban las ya cansadas olas blanqueantes de espuma. Fabesham le recibió con unos golpecitos en la espalda, y hasta los finos oídos del ruso llegaron algunas palabras en italiano:

—... Dices a Reinaldi... Doscientos cincuenta mil. Decidido... Quinientos mil... Buen negocio para los...

Estuvieron todavía charlando un par de minutos. Luego, el recién llegado, cuya voz ni siquiera había oído Sokolov, se volvió hacia la lancha, haciendo señas. El otro sacó a la vista un gran envoltorio de lona, lo alzó sobre su cabeza y lo tiró a la playa. Su compañero lo arrastró hasta la arena seca y lo señaló, diciendo algo. Fabesham asentía continuamente con la cabeza. Finalmente, tras un montón de palmadas más a la espalda del desconocido, éste regresó a la lancha, la cual se volvió en el acto, sin duda alguna hacia Génova. Fabesham señaló el envoltorio de lona a Vittorio, que se lo cargó y fue hacia la casa...

—Parece que todo se va arreglando —comentó fríamente Claudia.

—Sí, eso parece —dijo Sokolov.

—Pero mejor para ti que para nadie. En definitiva, serás tú quien gane cinco millones de dólares. El señor Fabesham, teniendo en cuenta los dos que perdió ayer y el medio que tendrá que entregar a su amigo Reinaldi, de Génova, sólo ganará dos y medio.

—Puede que gane algo más, teniendo en cuenta que esas barras de oro pueden ser vendidas por más de diez millones. De todos modos, yo no tengo la culpa de sus complicaciones —sonrió amistosamente—. ¿O tú crees que sí, Claudia?

—Lo que yo crea ya no importa, ahora que tienes el... apoyo de Fanny.

Fanny Fabesham se limitó a sonreír, mostrando no poca conmiseración hacia Claudia. Se acercó más a Sokolov y le cogió una mano, mirando como maravillada aquellos grandes y fortísimos dedos...

Blasius Fabesham pareció brotar de pronto ante ellos.

—Sokolov.

—¿Sí?

—Hoy almorzaremos todos juntos. A las doce y media en punto... Pietro vendrá para esa hora, con todo solucionado, y podré mostrarle a usted ese dinero después del almuerzo...

—¿Los cinco millones?

—Los cinco millones. Si pierdo ese dinero, no sólo quedaré arruinado, sino que me veré en muy difícil situación con respecto a mi amigo Reinaldi. No es hombre de bromas.

—Yo tampoco, Fabesham.

—Entonces, no hay más que hablar. Almuerzo a las doce y media. Una siesta de una hora. Luego, usted verá su dinero..., pero sin tocarlo. A las tres, todos partiremos hacia el lugar donde está ese oro.

—¿Todos? ¿La servidumbre también...?

—Ellos se quedarán en la villa. Tampoco vendrá Pietro. Iremos usted, yo, mi hija, Claudia, Jacques, Vittorio y Luigi. Ni siquiera vamos a necesitar cocinero o camarero. Tendremos que arreglárnoslas solos.

—Yo estoy acostumbrado. De acuerdo, Fabesham. Almorzaremos a las doce y media, dormiremos hasta las tres, veremos ese dinero y partiremos hacia el azul Mediterráneo.

Fabesham mostró las altas pilas de fajos de billetes con seco gesto de su mano derecha.

—¿Satisfecho, Sokolov?

—Por supuesto. Billetes viejos, de baja denominación... Parece que hay algunos de mil dólares, Fabesham.

—Lo lamento. Pero no es fácil reunir...

—Oh, está bien, está bien... Bueno, sigo creyendo que sería una tontería contar todo este montón de billetes. A estas alturas, querer estafarme unos cuantos miles de dólares sería también una tontería. Estaré listo para partir dentro de cinco minutos. Ah, Fabesham, de acuerdo a lo convenido, yo me iré en una lancha cuando usted tenga las trescientas veinte barras de oro a bordo de su yate... ¿Sí?

—Desde luego.

—Entonces, ordene que icen mi lancha a bordo, o bien que la amarren, para que sea remolcada.

—De acuerdo. Dentro de quince minutos, todos a bordo del yate.

Sokolov asintió con la cabeza y se retiró. Entraba en su dormitorio poco después. Se aseguró de que la puerta quedaba bien cerrada, entró en el cuarto de baño y tiró de la ruedecilla de su reloj de pulsera sumergible.

—Boris Sokolov —dijo—. ¿A la escucha?

—Como siempre. Hay novedades, Boris. Llegaron anoche, poco después de nuestra última charla. Es respecto a Claudia.

—Oh... Bueno, vamos a partir todos dentro de catorce minutos, ya sabéis el lugar. Son nada menos que mil millas, de modo que, a unos veinticinco nudos, calculo que tardaremos cuarenta horas, según las matemáticas. Es decir, que llegaremos allí pasado mañana al amanecer, aproximadamente. ¿Cómo está aquella zona? ¿Tenemos noticias?

—Quedó limpia, según últimos informes. Se podrá hacer todo con calma, seguramente.

—Pues ya sabéis el lugar y la hora en que llegaremos. Estad atentos. Esas barras de oro, por supuesto, no van a ser colocadas en el mercado negro.

—No creo que sea eso lo que más te importe, Boris Sokolov.

—Ciertamente que no. Mi objetivo es Fabesham. Y lo voy a conseguir gracias al oro... A la miel. Está picando de lleno, como

una voraz mosca. Es evidente que tiene sus propios planes con respecto a mí, pero para desbaratarlos confío en vosotros, de acuerdo al plan que os comuniqué.

—Cuenta con nuestra colaboración exacta, ya lo sabes. Y desde luego, es poco probable que Fabesham se conforme con esa mitad muy escasa pudiendo tenerlo todo. Atento, Boris Sokolov.

—No os preocupéis demasiado por mí, insisto. Haced vuestra parte y todo saldrá bien. Ahora, con respecto a esas últimas noticias que llegaron de Claudia después de nuestro último contacto... ¿Qué es ello?

—Ella estuvo en Niza, anoche.

—Sí... Fue a buscar a un tipo llamado Pietro Vani. Detalles sin importancia.

—Es posible... Pero ya sabemos eso del tal Vani. Tal como nos ordenaste cuando pasamos con el helicóptero por encima de esa hermosa playa en la que te estás dando la gran vida, nos dedicamos a vigilar a esa preciosa chica llamada Claudia. Efectivamente, ella fue al aeropuerto, recogió al tal Vani y lo llevó a la villa; me avisaron por la radio de bolsillo y la vi llegar. Luego llegasteis tú y esos dos tipos que...

—¿Qué hizo ella en Niza?

—Antes de ir al aeropuerto, estuvo en el puerto de Niza. Allá se dedicó a buscar, durante más de media hora. Encontró un yate pequeño, donde había cuatro o cinco tipos con aspecto de buceadores profesionales de... mala catadura. Al parecer, la conocían ya.

—¿Y...?

—Estuvo hablando con ellos casi una hora. Luego, se fue al aeropuerto. El caso es que ese yate zarpó esta mañana de Niza, y parece que está rondando por las aguas tranquilas y azules de Jeanes-Pins.

—Formidable —sonrió Sokolov—. Parece que todos estamos haciendo un buen trabajo.

—Lo de esos tipos complica el asunto, Boris.

—Sí. En cierto modo, sí, es cierto. Emmm... Bueno, nosotros vamos a seguir con el plan inicial, de momento. Las pequeñas dificultades que vayan surgiendo sobre la marcha, las iré resolviendo en su momento. ¿Algo más?

—No.

—Pues haced vuestra parte, y... hasta la vista. Dentro de cuarenta horas, en aguas de las islas Lípári.

CAPÍTULO XI

Las islas Lípári están al sur de Italia, encima de la mucho mayor isla de Sicilia, en el golfo de Santa Eufemia, al sudoeste del mar Tirreno, uno de los componentes del Mediterráneo. El grupo de las Lípári está compuesto, principalmente, por la Filicudi, Alicudi, Salina, Vulcano, Lípári y Strómboli; en esta última está el conocido volcán de este mismo nombre, de actividad poco menos que ininterrumpida, si bien muy modesta y soportable. Al sudoeste están las ciudades de Messina y Reggio Calabria, la primera en Sicilia, la segunda en el extremo sur de la bota italiana, dejando entre ambas el estrecho de Messina...

A este grupo de islas, a las Lípári, llegó el yate de Blasius Fabesham treinta y ocho horas más tarde, es decir, hacia las siete de la mañana del segundo día siguiente al de la salida de la villa de Jean-les-Pins. La situación había cambiado geográfica y políticamente: las islas y sus aguas eran italianas ahora, no francesas.

Pero si en aquellas aguas había diez millones de dólares en barras de oro, los demás detalles tenían sin cuidado a los ocupantes del hermoso y potente yate de cien toneladas, una verdadera residencia flotante, con todas las comodidades apetecibles.

De las cuales, ciertamente, había disfrutado Boris Sokolov durante aquellas cuarenta horas.

Pero a partir del momento en que las islas fueron divisadas, la lánguida actitud del ex espía soviético cambió visiblemente.

—Yo llevaré ahora el yate —dijo.

Y nadie le contradijo. De este modo, hacia las nueve de la mañana de aquel segundo día de navegación, contándolo en horas, Boris Sokolov no tuvo dificultad ninguna en llegar al sitio elegido.

Cuando paró los motores y ordenó que las anclas de popa y proa fuesen soltadas, todos se le quedaron mirando ansiosamente. El momento había llegado.

Muy pronto, todos podrían saber si el ruso les había contado un cuento chino o, en realidad, diez millones de dólares en lingotes de oro estaban esperando entre aquellas dos islas del grupo de las Lípari.

—Bien, Sokolov —murmuró Fabesham—. ¿Cuándo bajamos?

—Si usted quiere, ahora mismo, Fabesham. Podrán ver el oro, de momento. Podemos inspeccionar bien el fondo, tomar notas, trazar planos. Luego, mientras almorzamos, será fácil distribuirnos el trabajo de un modo razonable.

—De acuerdo. Usted bajará con nosotros, Sokolov.

—Naturalmente. ¿Quién, sino yo, podría indicarles exactamente dónde está ese oro?

A las diez en punto, Boris Sokolov estaba listo para bajar y provisto de una pizarra de inmersión. Con él, Blasius Fabesham, Vittorio, Jacques y Fanny. Claudia y Luigi se quedarían a bordo.

El primero en saltar al agua fue el soviético, con su potente fusil de aire comprimido, idéntico a los de Fabesham, Vittorio y Jacques. Fanny solamente llevaba un cuchillo de mango de corcho, sujeto a un lado de su bikini. Al parecer, toda la protección contra posibles percances que precisaba la muchacha era la presencia de Boris junto a ella, de modo que se apresuró a buscar al ruso bajo el agua y se unió a él, aceptada con benevolencia por el expertísimo buceador que muy pronto demostró ser Boris Sokolov.

En menos de cinco minutos, entre las espesas y finas algas alargadas de color verde oscuro, el ex espía de la MVD, encontró la primera de las trescientas veinte barras de oro. Inmediatamente, cuatro más. Luego, hundidas completamente entre las algas, ocultas a la vista de cualquier buceador que pasase casualmente por allí, el resto, en un hermoso montón que lanzó fortísimos destellos dorados cuando entre todos apartaron las algas, formando un círculo. Había un hueco allí, como si todo estuviese de parte de Boris Sokolov, aunque también cabía pensar en la astucia de éste al dejarlas caer en aquel lugar.

Dieciséis mil libras de oro en barras. Diez millones de dólares. Setecientos millones de pesetas. Siete mil millones de liras. Casi

cuarenta millones de marcos alemanes. Cuatro millones de libras esterlinas. Cincuenta millones de francos fuertes...

Durante unos segundos, todos parecieron hipnotizados por aquel brillo dorado, que ascendía metido en rayos de sol hacia la superficie. Las barras se amontonaban de modo desigual, casual, indiferente. Algunos pequeños pececillos habían huido velozmente de allí al ser apartadas las algas, y un calamar oscuro y largo todavía estaba alejándose, dejando tras él un chorro de su negra tinta...

Boris Sokolov llamó la atención de Vittorio y Jacques, por señas, indicándoles que tomasen una de las barras. No fue en absoluto difícil, habida cuenta de que cualquier cuerpo sumergido pesa menos que en tierra firme. De cualquier modo, cincuenta libras no era un peso excesivo para los dos corpulentos asalariados de Blasius Fabesham, que ascendieron con la barra, fácilmente, mientras Sokolov señalaba la pizarra que llevaba en una mano y movía negativamente la cabeza, indicando claramente que, dada la posición del oro, ni siquiera era necesario tomar notas del terreno sumergido, ni trazar planos de ninguna clase.

Se disponía a subir cuando Fabesham le hizo señas y se entendieron claramente: Fabesham quería otra barra de oro. Pero no una de las primeras... Estuvo removiéndolas, ayudado por el ruso, hasta conseguir una de las que estaban en último lugar. Fanny comprendió que iban ya a subir, y les precedió.

Cuando llegaron a la superficie, Jacques y Vittorio ya estaban a bordo. Luigi y Claudia tendían hacia ellos una cuerda, a la cual ataron el codiciado botín dorado. Mientras tiraban de la barra hacia arriba, Sokolov empujó a Fanny hacia la escalerilla, dejó luego pasar a Fabesham y, por último, subió él, tras quitarse las aletas de goma. Una vez en cubierta, se quitó los tubos de aire y acabó de desembarazarse de los lentes, que tiró a un lado. Fabesham y los demás estaban rodeando las dos barras de oro, todavía con los equipos puestos, demostrando un interés o una codicia mucho mayor que la del ruso.

—Espero que esté convencido, Fabesham.

El americano le miró fijamente. En verdad, parecía no poco asombrado ante la autenticidad de la oferta del hombre de la MVD llamado Boris Sokolov. Parecía como si hasta aquel momento no

hubiese creído ni una sola palabra y, de pronto, se encontrase ante una verdad que no admitía discusiones de ninguna clase.

—Falta todavía un detalle, Sokolov.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Quiero saber si esto es realmente oro.

El ruso se echó a reír, enormemente divertido.

—¿Y usted es contrabandista de oro, Fabesham? Cualquiera puede ver que estas barras son del más puro oro.

Fabesham miró a Luigi.

—Trae la sierra, Luigi.

—Sí, señor.

Boris pareció sorprendido un instante. Acabó por encoger los hombros, fue a donde estaban los cigarrillos y encendió uno, mirando con simpática sonrisa a Fanny, que le miraba intensamente, ante el disgusto mal contenido de Claudia. Verdaderamente, la estampa del espía ruso en *slip* resultaba del todo... inquietante para una mujer.

Luigi regresó con una sierra especial, a pilas, parecida a una pequeña pistola, y cuyo cañón era, precisamente, la sierra. Apretando el gatillo o disparador, la sierra se ponía en movimiento hacia delante y hacia atrás, a una velocidad y con una fuerza sorprendentes... Fabesham aplicó aquella fina hoja dentada sobre uno de los lingotes, y en el acto comenzaron a saltar chispas de oro puro hacia todos lados, con tanta fuerza que se clavaban como puntas de aguja en la carne de los reunidos en torno a Fabesham...

—Está desperdiciando el oro, Fabesham. Esas limaduras pueden valer hasta cien dólares, quizá.

Blasius Fabesham no le hizo el menor caso. En tres minutos, la gruesa barra alargada de cincuenta libras estuvo cortada por la mitad, mostrando un interior todavía más brillante, más limpio... Pero aun así, Fabesham no pareció convencido...

No. No lo estuvo hasta que la segunda barra, aquella que él había elegido de las últimas del montón grande, estuvo también cortada, mostrando el puro metal de su interior, inconfundible, auténtico cien por cien. Oro. Simplemente, barras de oro por valor de diez millones de dólares.

Para entonces, Boris Sokolov había terminado el cigarrillo y lo tiraba al mar justamente cuando Fabesham se encaraba a él,

incorporándose.

—De acuerdo, Sokolov —musitó—. Todo ha sido cierto.

—Se lo dije desde el primer momento, ¿no es cierto?

—No vamos a discutir ahora. Sólo póngase en mi lugar... ¿Usted habría aceptado tranquilamente este riesgo, Sokolov?

—Supongo que no. Usted tiene razón, Fabesham, no vamos a discutir precisamente ahora que todo está en marcha y que ambos hemos demostrado, probado nuestra buena fe en este negocio. Usted tiene el oro ahí abajo, yo tengo los cinco millones en el yate. Se acabó.

—Todavía no, Sokolov. No se irá usted con el dinero hasta que todas las barras estén a bordo. Ése fue el trato final.

—Muy bien —el ruso encogió los hombros—. Eso sólo significa que ustedes tendrán que soportar mi compañía durante un día más. Luego, los cinco millones de dólares en billetes y yo nos iremos. Espero que no se le haya ocurrido alguna... «inteligente» jugada, Fabesham.

—Sé ver los negocios desde muy lejos, Sokolov. Aunque en éste solamente gane dos millones y medio, en lugar de los cinco que había ofrecido usted...

—Por mi parte, no ha habido cambios. Yo no tengo la culpa de que otros sucesos hayan...

—No le culpo. Me parecería ciertamente estúpido que usted y sus amigos se complicasen la vida en estas circunstancias. Lo que trataba de decirle era que, por mi parte, me conformo con los dos millones y medio que van a quedarme después de todo lo ocurrido.

—Comprendo que mi parte es mayor, pero insisto en que no tengo ninguna culpa de sus contratiempos. Mi trato fue claro: para usted, el oro, y para mí, los cinco millones de dólares.

—No hay más que hablar.

—Entonces, sería buena idea comer algo. Parece apropiado que las mujeres se ocupen de la cocina, pero, sin ánimo de ofenderlas, yo preferiría que lo hiciese Vittorio. Unas chicas tan lindas están mejor al sol, mientras el feo de Vittorio prepara algo succulento y rebosante de vitaminas. Las vamos a necesitar.

—Su humor es bueno hoy, Sokolov.

—Póngase en mi caso. Dentro de veinticuatro horas me largaré de aquí con cinco millones de dólares... ¿No es para estar contento?

—Sin duda. Vittorio, ve a preparar almuerzo para todos. Sokolov tiene razón: tendremos que alimentarnos mucho para el duro trabajo que nos espera a todos. ¿Cuánto tiempo calcula que nos llevará sacar ese oro, Sokolov?

—No sé... Me dedicaré a pensar en ello. Desde luego, habrá que hacerlo por la noche. Será lo más conveniente. Pero ahora descansen. Almorzaremos, dormiremos algunas horas... Por la tarde bajaremos unos minutos, con arpones, para pescar algo, por si alguien, desde lejos, estuviese interesado en nosotros. De aquí a la noche, ya tendré preparado el plan de trabajo para todos. A menos, claro está, que usted prefiera dirigir la operación, Fabesham. Usted o cualquier otro.

Se quedaron mirándose unos a otros, pero Blasius Fabesham ya sabía de antemano su decisión:

—Esperamos ese plan de trabajo, Sokolov.

CAPÍTULO XII

Estaba anocheciendo cuando el ruso extendió sobre la cubierta un gran papel lleno de números. Los demás estaban tras él y a sus lados, viendo perfectamente el esquema.

—Esto es lo que yo he calculado. Sabemos que hay trescientas veinte barras de cincuenta libras ahí abajo. Calculando que cada una nos llevará un promedio de tres minutos para subirla a bordo, el tiempo total a invertir será de dieciséis horas. Uno de nosotros, propongo que sea Luigi, se quedará junto al yate y será el que irá atando las barras para que Claudia y Fanny las suban, con la cuerda. Entonces, quedamos cuatro para las inmersiones: el señor Fabesham, Vittorio, Jacques y yo. Dieciséis horas de trabajo, repartidas entre cuatro, tocamos a cuatro horas de trabajo cada uno. Pero, por supuesto, ninguno aguantaríamos cuatro horas seguidas de inmersiones continuas, de modo que el trabajo tendrá que hacerse en dos días, trabajando dos horas cada uno de nosotros y cada día. Es tarea suficiente para agotar a cualquiera, estoy seguro de ello. Jacques y Vittorio pueden formar una pareja, y el señor Fabesham y yo la otra. ¿Están de acuerdo?

Hubo un asentimiento general.

Boris encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Ahora bien, sería una imprudencia sacar el oro a la luz del día. De manera que durante el día nos dedicaremos, con mucha moderación, para no fatigarnos en absoluto, a la pesca submarina, a recoger algas y piedras del fondo, etcétera. Y, sobre todo, a descansar y a comer alimentos con suficientes calorías para el desgaste que sufriremos por el esfuerzo de las dos noches. El horario de trabajo será de las dos de la madrugada a las cuatro o cuatro y pico, hora en que el amanecer está ya cercano. Así pues,

las parejas iniciaremos el trabajo esta noche. Y pasado mañana, de madrugada, todo habrá terminado. Esto es todo... Si alguien tiene una idea mejor, que lo diga, naturalmente.

No había ideas mejores. El plan definitivo de Boris Sokolov fue aceptado por unanimidad, sin el menor comentario.

—Muy bien —sonrió el ruso—. Sería bueno que nos dedicásemos a cenar y luego durmiésemos unas horas, hasta las dos de la madrugada. Insisto otra vez en que todas nuestras energías deben ser rigurosamente controladas y reservadas. No será fácil sacar esas trescientas barras...

* * *

No fue fácil, en efecto.

Pero a las cuatro y diez minutos exactamente, ciento sesenta barras de oro estaban perfectamente apiladas en el sollado del yate de Blasius Fabesham.

Y cuando la última quedó sobre las demás, Boris Sokolov suspiró profundamente.

—Señores, a dormir. Y nada de despertarse por despertador, o algo así. Que cada uno duerma simplemente hasta que se despierte por sí solo.

—¿No sería conveniente una vigilancia...?

—Por supuesto. Yo cuidaré de eso.

—Pero está tan agotado como nosotros. Deberíamos hacer unos turnos.

Sokolov sonrió amablemente.

—Dormiré en cubierta, y sé muy bien que me despertaré a la menor novedad, Fabesham. En cuanto a eso de que estoy agotado, espero que no lo haya dicho en serio.

—Ha trabajado al ritmo de todos. ¿Acaso usted es diferente?

—No. Pero haber sido espía durante ocho años fue un magnífico entrenamiento para dormir con los oídos despiertos..., aunque esto parezca una tontería. De todos modos, si prefieren eso de los turnos, por mí no hay inconveniente.

Las mujeres se caían de puro cansancio y sueño. Ellas, menos que nadie, no estaban acostumbradas al duro trabajo de tirar de una cuerda subiendo hasta un total de ocho mil libras en dos horas. Simplemente, estaban poco menos que derrengadas. Los tres

fornidos matones no lo estaban tanto, pero acogieron con un gruñido las últimas palabras de Sokolov, demostrando claramente que no sentían interés por la vigilancia. Así que Fabesham encogió los hombros y aceptó.

—Está bien. Durmamos todos.

CAPÍTULO XIII

Boris Sokolov abrió de pronto los ojos, echó la manta a un lado y se sentó en la cubierta tan bruscamente que Claudia, muy cerca de él, se detuvo, sobresaltada. Y casi se asustó cuando los dorados ojos del ex espía quedaron fijos en los suyos, fríos, duros.

—Me... me has asustado, Boris...

—Lo siento. No es fácil saber, estando dormido, si quien se acerca es amigo o enemigo —sonrió—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco.

—Qué expresión tan vulgar —volvió a sonreír Sokolov, mirando su reloj sumergible—. Vaya, las diez de la mañana ya. Y tenemos por delante un hermoso día. ¿Sabes preparar café?

—Oh, sí...

—Pues ve abajo, procurando no despertar a nadie, y haz toda una cafetera llena. Yo voy en seguida.

—Está bien.

Claudia regresó al interior del yate y el ruso fue a la cabina de mandos. Tomó los potentes prismáticos y durante unos minutos se dedicó a examinar detenidamente las aguas alrededor del yate. Hacía un día espléndido, con él sol rebotando en rayos dorados sobre el mar azul y transparente.

Una vez tranquilizado, el ruso bajó a la cocina, donde Claudia estaba terminando el café, que sirvió poco después, en un gran vaso, a indicaciones de Sokolov.

—Es estupendo tener un yate —suspiró con satisfacción Boris, tras el primer trago caliente—. Quizá me compre uno. Más pequeño, claro. ¿Te gusta el mar?

—Hay cosas que me gustan más.

—A mí no. Sí... Es posible que me compre un yatecillo para dar

la vuelta al mundo, sosegadamente, con la documentación polaca que mis amigos deben tener ya lista.

—¿Tus amigos quedaron en Cannes?

—Desde luego.

—¿Tanto confían en ti? ¿No temen que te escapes con los cinco millones sin darles su parte?

—Quizá lo hayan pensado —admitió Sokolov, sonriendo—. Pero me conocen bien, saben que siempre juego limpio... en cuestiones que no sean de espionaje, claro. Ahí, vale cualquier cochinada. Además, ellos tienen la documentación que preciso. Y, por último, con dos millones que me quedará yo, tengo suficiente para vivir tranquilamente el resto de mi vida, sin lujos, pero sin complicaciones.

—¿Tu parte es mayor que la de ellos?

—Dos millones para mí, tres para ellos dos. Bien entendido que en esos tres millones van incluidos los gastos de la clínica donde cambiaron mi rostro y otros también importantes. No soy demasiado ambicioso. ¿Tú no te conformarías?

—No sé. Creo que sí, claro... ¿Qué haremos hoy, Boris?

—Tomar el sol, pescar un poco, comer, dormir... Cosas pacíficas porque...

—¿Queda café para mí?

Sokolov se volvió y sonrió al ver a Fanny en la puerta de la cocina, sonriente, graciosísima con su pijamita corto de satén.

—Hay café para todo el mundo. ¿Te hemos despertado, Fanny?

—No, no... Me desperté sola —se acercó al ruso y le echó los brazos al cuello—. Buenos días, querido mío.

Le besó en los labios, profundamente. Sokolov permaneció inmóvil, con el vaso en alto, apartado de sus cuerpos.

—Eres un antipático —protestó dulcemente Fanny, luego.

—Precisamente acababa de decir que íbamos a dedicarnos a cosas pacíficas —sonrió Boris—. Además, está Claudia delante...

—¿Oh, sí? —Pareció sorprenderse Fanny, alzando las cejas—. Entonces podrá servirme café, sin duda.

Claudia los miraba a los dos, chispeantes de furia los hermosos ojos verdes. Cogió la cafetera, vertió el café que quedaba en la pila y se dirigió hacia la puerta.

—Si quieres café, lo haces tú misma, querida.

El resto del día transcurrió sin novedad. Pasó cerca de ellos un yate, tres o cuatro lanchas, y, por encima, cientos de gaviotas, en pequeñas bandadas aisladas. Boris Sokolov pescó un mero de casi treinta libras, a arponazo limpio, descendiendo a profundidades que sobrepasaban los cincuenta pies. Se comió bajo las indicaciones del soviético, se durmió incluso en exceso... El descanso fue total, la calma no fue alterada por nada.

La cena discurrió agradablemente, a pesar del evidente disgusto de Claudia con respecto a Sokolov y Fanny, que no se apartaba de él ni un segundo más de lo estrictamente imprescindible, bajo la benevolente y un tanto inquieta mirada de Blasius Fabesham, que parecía considerar el hecho indiscutible de que su hijita mimada, al fin, hubiese encontrado al hombre capaz de dominarla amablemente. Boris Sokolov, como todos habían comprendido ya hacía días, era un hombre poco dado a actitudes débiles. No cedía jamás. En nada. Sonreía, le daba un tironcito a una orejita de Fanny y hacía lo que tenía que hacer.

Después de la cena todos se retiraron a dormir, haciéndolo Sokolov en la cubierta.

Y a las dos de la madrugada estaban listos para llevar a cabo la última parte del trabajo. Diez millones de dólares en oro quedarían apilados a las cuatro de la mañana en el sollado del formidable yate de cien toneladas.

A las cuatro y pocos minutos, Fabesham y Sokolov salieron con su barra de oro, cuando Vittorio y Jacques se disponían a una nueva inmersión.

—Un momento... —jadeó Sokolov—. Solamente queda ya una barra. La última barra de nuestra fortuna, señores... ¿Quieres bajar tú conmigo a buscarla, Fanny?

—No vale la pena que por una barra... —empezó Fabesham.

—Oh, sí... Sí, papá, déjame bajar a mí con Boris. Quiero ser yo quien suba la última barra.

—Bien... Realmente no hay inconveniente, claro. Pero el agua está bastante fría, Fanny, y sin traje de goma...

—¡Me pongo el chaquetón en un minuto!

—De acuerdo... Está bien, está bien, siempre has de salirte con la tuya. Subamos nosotros. Por fin, todo terminó... ¿Estás listo de

eso, Luigi?

—Sí, señor —el guardaespaldas parecía al borde del agotamiento—. En seguida acabo de atarla... Ya vale.

Fabesham, Vittorio y Jacques subieron a bordo, y el último ayudó a Claudia a tirar de la cuerda que tenía atada en su extremo la barra de oro, mientras Fanny se ponía a toda prisa el chaquetón de goma. Su padre le ayudó a ponerse un solo tubo, y en dos minutos la muchacha se asomaba a la borda, excitada.

—¡Boris! —llamó.

—Baja. Te estoy esperando...

La muchacha se descolgó por la media escalerilla, que ni siquiera llegaba a la línea de flotación. Sokolov la sostuvo mientras ella se colocaba la boquilla del tubo de aire y los lentes. Luego, tomados de la mano, descendieron en busca de la última barra de oro.

Los demás se estaban quitando los tubos de aire, ayudándose unos a otros. En la cubierta se veían media docena de barras, y Fabesham miró con el ceño fruncido a Claudia.

—¿Y éstas? —señaló.

—Hemos perdido el ritmo, señor Fabesham. Fanny y yo estamos muy cansadas...

—Entonces, ¿por qué ha querido bajar? —Gruñó Fabesham.

—Oh, ella con tal de estar con Boris haría cualquier cosa, usted ya se habrá dado cuenta.

—Sí, sí...

—Lo cierto es que ella y yo perdimos el ritmo de llevarlas abajo. Ustedes las subían más de prisa de lo que nosotras podíamos transportarlas.

—Bueno, sólo son unas cuantas. Llevadlas abajo vosotros. Vittorio y Jacques. Y de prisa. Cuando Sokolov suba a bordo, quiero que todos estéis aquí... con las pistolas.

Los guardaespaldas sonrieron, y Claudia se quedó mirando fijamente a Fabesham.

—¿Lo van a matar? —musitó.

—¿Se te ocurre algo mejor, secretaria? —ironizó Fabesham.

—No sé. Él ha jugado limpio, señor Fabesham. Y estaba convencido de que nosotros también lo haríamos. Tiene su lancha amarrada al yate, él espera marchar con el dinero...

—Déjate de tonterías, Claudia. Hace años que eres mi secretaria, y sabes que en este negocio nadie tiene nada que enseñarme. Si yo dejase escapar cinco millones de dólares, sería el hombre más estúpido del mundo. Oh, vamos, no creo que eso tengamos que comentarlo siquiera.

—Pero matarlo... Sería suficiente con quedarse con el dinero...

—¿Te parece que puedo dejar vivo a un hombre como Sokolov? Entonces sí que no viviría ni una semana. Te diré lo que tengo pensado: hundiremos su lancha, en aguas más profundas, con él a bordo. Incluso se me ocurre una divertida idea... —rió—. No lo voy a matar, no... Sólo lo ataremos bien, de pies y manos, y le colgaremos del cuello esa última barra de oro. Puedo permitirme ese lujo.

—Los amigos de Boris...

—Los amigos de Sokolov podrán pensar muy bien que él se ha esfumado con los cinco millones. Tendrán que creerme, si es que se atreven a visitarme para pedirme cuentas. Eso es todo, Claudia... Ahí pasa un yate... Parece el mismo de esta mañana.

Estaba amaneciendo ya, y a la luz rosada y azul del nuevo día el otro yate se divisaba perfectamente, como a media milla. Parecía deslizarse sobre un cristal azul, como en un dibujo a todo color. Por oriente aparecían ya los anaranjados resplandores del sol.

Claudia suspiró, como decepcionada; como convencida de que no podría hacer nada en beneficio de Boris Sokolov.

—¿Cuál será mi parte en esto, señor Fabesham? ¿La de costumbre?

—Desde luego. El uno por ciento de los beneficios limpios... Calculo que esta vez va a corresponderte una buena cantidad. Alrededor de ochenta mil dólares, querida... —La miró socarronamente—. Espero que esto sirva para aliviar tu dolor por la... desaparición de Sokolov.

—¿Y Fanny? ¿Qué dirá Fanny?

—Lo olvidará. Ese ruso ha sido otro capricho más en su vida... Eso es todo. Bien, Vittorio, ésta es la última... Subid con las armas. Sokolov no puede tardar ya ni medio minuto. Daos prisa.

Los hombres de Fabesham se afanaron en llevar abajo la última barra. Aparecieron una vez más en cubierta en menos de medio minuto, apresurados, pistola en mano.

Fabesham estaba mirando entonces hacia el agua, un poco inquieto ya.

—Están tardando demasiado...

—Y el yate parece que pone proa hacia nosotros —señaló Claudia.

Fabesham se volvió, frunciendo el ceño. Luego miró a sus hombres.

—Estad atentos. Quizá sea una jugada de Sokolov —volvió a mirar hacia el agua, y lanzó una exclamación de alivio—. ¡Ahí salen!

Pero apareció solamente Boris Sokolov, aferrándose a la media escalerilla.

—¿Dónde está Fanny? —Se crispó Fabesham.

—En descompresión, debajo de mí... —jadeó el ruso—. Se nos ha escapado esa última barra, y ha caído en una barranca profunda. Lo intentaremos de nuevo...

—Déjela, ya la recogeremos en otro momento, Sokolov. Se acerca un yate. Es mejor que suba.

—Está bien...

El ruso subió a bordo y se apresuró a quitarse los tubos de la espalda. Por primera vez, parecía un poco cansado. Estaba quitándose las aletas de goma, sentado en cubierta, cuando pareció reparar, de pronto, en las tres pistolas que le apuntaban. Su mirada pasó inmediatamente hacia Blasius Fabesham, alarmada, sobresaltada. Vio el irónico destello en los ojos de Fabesham y su ceño se frunció.

—¿Juego sucio, al fin, Fabesham? —musitó.

—Así es.

—Como quiera. De eso sé más que usted.

Acabó de quitarse las aletas, tranquilamente, y se puso en pie, indiferente a la mortal amenaza que representaban las armas de Luigi, Vittorio y Jacques.

Fabesham lo miraba fijamente, maravillado de la frialdad, de la seguridad, del ex espía soviético.

—Parece que no le asuste morir, Sokolov.

—Me fastidiaría grandemente. Pero no se trata de valor en este caso, sino de seguridad, Fabesham.

—Seguridad..., ¿en qué?

—En que no voy a morir.

—Quizá se salve... —dijo Fabesham, sarcástico—. Lo tiraremos a una fosa profunda, atado de pies y manos y con una barra de oro colgada del cuello... ¿Cree que podrá salvarse?

—No harán semejante cosa... —sonrió Boris—. ¿No sube Fanny?

Blasius Fabesham respingó. Pareció que por unos segundos se hubiese olvidado de su hija. Miró hacia el agua, y se volvió velozmente hacia el ruso, crispado el rostro.

—La ha matado... —jadeó—. ¡Ha matado a mi...!

—No, no. Ella está bien, Fabesham. Todo lo malo que le está ocurriendo es que, como el otro día, unos amigos míos se han hecho cargo de ella.

—¡La ha matado! —chilló Fabesham.

—Cálmese. ¿Quiere oír a su hija, quizá?

—Sí... ¡Sí, quiero oírla!

—Muy bien.

Boris Sokolov sacudió fuertemente su brazo izquierdo, lanzando las últimas gotas de agua que pudieran quedar en su reloj sumergible. Luego tiró de la ruedecilla y dijo:

—Boris Sokolov. ¿Podéis oírme?

—Adelante, Boris. ¿Jugó sucio Blasius Fabesham?

—Efectivamente, tal como esperábamos. Él quiere oír a su hija, Oscar. Que la oiga.

Todos miraban como hipnotizados el reloj de acero del ruso, que lo acercó más a Fabesham, siempre sonriendo.

—Papá —se oyó claramente la voz de Fanny—, Boris me entregó a unos hombres-rana que aparecieron de pronto... Son los mismos del otro día, los que me raptaron...

—Fanny, ¿dónde estás? ¿Estás bien...?

—Estoy bien, papá. Os veo desde unas pequeñas rocas, hacia la popa del yate... Estoy con uno de esos hombres... Había cuatro, pero sólo uno está conmigo, los otros están en el...

Sokolov bajó la ruedecilla, y la voz de Fanny dejó de oírse en el acto. El ruso se quedó mirando con fría ironía a Fabesham.

—Ya le dije que era un imbécil, Fabesham. ¿De dónde sacó la idea de que yo tenía que fiarme de usted?

—Está bien... —alentó apenas Fabesham—. Está bien, Sokolov; puede llevarse el dinero, puede irse tranquilamente...

—La historia no ha terminado... —le interrumpió duramente Boris Sokolov—. Pero la terminaremos en otro momento. Todavía quedan moscas acudiendo a la miel. Hay demasiadas moscas alrededor de este panal, Fabesham. Miel y moscas. Y, como suponía, el enjambre ha sido... muy nutrido.

Señaló hacia el yate, que estaba ya muy cerca, con algunos hombres en la borda.

—¿Son sus amigos? —musitó Fabesham.

—No. No precisamente. Son amigos de alguien —miró sonriente a Claudia—, pero no míos. ¿No es cierto, Claudia querida?

—¿Qué... qué dices...? —murmuró ella, retrocediendo un paso.

La sonrisa de Sokolov era cada vez más amplia, pero también más dura, más congelada.

—Digo que ahí llegan tus amigos. Los que fuiste a avisar al muelle de Niza la noche que te llegaste a recoger a Pietro Vani. Nos han seguido... Esta mañana pasaron cerca de nosotros, y supongo que les hiciste señas con tu espejito, desde la cubierta, indicándoles que deberían abordarnos, como vulgares piratas, al amanecer de hoy... ¿Estoy diciendo tonterías, Claudia?

—Mentira... ¡Eso es mentira! —gritó Claudia, lívida.

—No, no, querida; es verdad. Mis amigos se han dedicado a hacer su trabajo en la sombra. En todo momento han vigilado todas las moscas que acudían al rico panal de miel. ¿Recuerdas cuando aquel helicóptero pasó por encima de nosotros, en la playa de la villa? Pues bien, por medio de mi reloj-radio, de muy corto alcance, es cierto, les dije que raptaran a Fanny. Asimismo, más tarde, les dije que te vigilasen a ti. Y estuviste en el muelle de Niza, hablaste con esos hombres, y... Bueno, ellos vienen ahora a apoderarse de este yate, de los diez millones en oro, de los cinco en efectivo... De todo. Sois todos unas moscas muy golosas. Incluso no me extrañaría que Pietro Vani estuviese de acuerdo contigo. ¿O no?

—Maldito... Maldito seas, Boris...

El ruso se echó a reír.

—¡Es formidable! —exclamó—. ¡Claro que Pietro Vani está de acuerdo contigo! Lo convenciste durante el camino de Niza a la villa de Fabesham... En total, eran quince millones de dólares para los dos. ¿Por qué trabajar más para Fabesham, si podíais tener todo ese dinero? Y, naturalmente, Pietro Vani, que conoce bien el

mercado negro del oro en Europa, sería quien colocaría las trescientas veinte barras. Luego, ¡a vivir! ¿No es cierto, Claudia?

Claudia Shearer lanzó un chillido de rabia, y se abalanzó contra Boris Sokolov, con las uñas tendidas, listas para sacarle los ojos. Sokolov se limitó a detenerla y derribarla de un soberbio bofetón en pleno rostro, sin contemplaciones. La muchacha quiso ponerse de nuevo en pie, todavía chillando furiosamente... Y en aquel momento, Blasius Fabesham le quitaba la pistola a Vittorio y disparaba contra Claudia, que lanzó un chillido más agudo y se llevó las manos al vientre, cayendo de bruces, encogida, como arrodillada.

Sokolov se apresuró a inclinarse sobre ella, tras una mirada durísima a Fabesham, que de pronto no sabía qué hacer con la pistola; le dio la vuelta a la muchacha, lentamente, y se mordió los labios al ver el lugar que ocupaba el feo boquete rojo brillante. El ruso alzó la cabeza, justo en el momento en que Vittorio recuperaba su pistola de manos de Fabesham y corría a parapetarse en la borda, con Jacques y Luigi, para hacer frente a los hombres que llegaban en el otro yate...

Lo que sucedió entonces fue tan inesperado, que sorprendió al mismo Boris Sokolov: del otro yate brotó, de pronto, una larguísima ráfaga de balas, antes de que los tres guardaespaldas de Fabesham hubieran llegado junto a la borda. Fue como un huracán, que los barrió brutalmente, alzándolos primero y derribándolos luego pos la cubierta, rodando, manchándola de sangre...

Fabesham lanzó un grito, y cayó de rodillas, muy cerca del ex espía ruso, que se volvió en el acto hacia él, siempre agachado. Lo vio de rodillas todavía, con la mano derecha en el hombro izquierdo. Por entre los dedos escapaba la sangre, como lentos riachuelos rojos.

Y mientras tanto, otra ráfaga pasaba por encima de sus cabezas.

Boris Sokolov gateó hacia Fabesham, y le señaló la entrada a los camarotes.

—¡Abajo! —gritó—. ¡De prisa!

Pareció que Fabesham fuese a protestar, pero Boris lo empujó rudamente, derribándolo, y luego tiró de él por el brazo sano. Fabesham aullaba de dolor, pero el ruso no le hacía el menor caso. Estaban ya en la entrada al interior del yate cuando éste se

estremeció al recibir el impacto lateral del otro. Se oyeron crujidos, chirridos... Lo último que vio Fabesham antes de ser arrastrado adentro fue a varios hombres saltando del otro yate al suyo, metralletas en ristre, mirando a todos lados. Sokolov puso en pie a Fabesham de un tirón y lo empujó hacia la cocina. Una vez allí, lo dejó desplomarse, cerró la puerta y miró excitado a su alrededor.

Vio un cuchillo y lo cogió, volviéndose hacia la puerta, entornados los ojos.

De pronto tiró de la ruedecilla de su reloj.

—¡Oscar! —gritó—. ¿Qué demonios están haciendo los demás? ¿Qué están esperando?

—Tranquilízate. Están haciendo lo que pueden. Esos tipos llevan metralletas, ¿no es así?

—¡Pues me van a dejar como una criba con ellas si no recibo ayuda inmediatamente!

Metió la ruedecilla y se volvió hacia Fabesham, que gemía histéricamente, de nuevo arrodillado. Lo miró fríamente, y fue hacia el circular ojo de buey. Lo abrió y miró por él hacia el mar. Gruñó algo, y se apartó, acercándose a Fabesham, que lo miraba con ojos desorbitados, siempre gimiendo.

—Deje ya de llorar. Quien mata debe saber morir, Fabesham; son las reglas del juego.

—Me estoy... desangrando...

—No es para tanto. Y cálese de una maldita vez. Cuanto más tiempo pierdan buscándonos por el yate, más probabilidades tenemos de conservar la vida.

Blasius Fabesham se calló de golpe, y Sokolov lo miró despectivamente, con fría sonrisa. Se acercó a la puerta de la cocina y estuvo escuchando unos segundos. Afuera se oían voces, pisadas rápidas, el ruido de puertas abiertas a puntapiés... La cacería final estaba en todo su apogeo.

Sokolov se apartó vivamente de la puerta cuando oyó las pisadas que se acercaban. Se colocó a un lado de la cocina, firme el cuchillo en su mano.

Y la puerta se abrió, de pronto, salpicando astillas a todos lados, arrancada la cerradura, el pestillo, por una ráfaga. Un hombre entró como una tromba en la cocina, vio en primer lugar a Fabesham, lívido de terror, le apuntó... Ya no pudo hacer nada más. El cuchillo

lanzado por Boris Sokolov se clavó en su cuello, de lado, con fortísimo impacto que derribó al hombre.

Boris saltó hacia la metralleta, y sus manos crispadas la tomaron, mientras los dorados ojos miraban hacia la puerta, hacia el pasillo. Ni siquiera había tenido tiempo de alzar la metralleta cuando otro hombre apareció ante él con un arma idéntica, dispuesto a disparar en menos de un segundo.

¡Fsss...! ¡Tock!

Primero se oyó, brevísimo, el silbido. Luego el seco choque fortísimo del arpón contra el cuerpo del hombre... La punta apareció por el pecho, negra y roja, mientras el hombre daba unos extraños pasos tensos, como en un baile desconocido, disparando una corta ráfaga contra el suelo antes de caer de bruces.

Sokolov recogió, por fin, la metralleta, se puso en pie, y miró al hombre-rana que aparecía entonces en la puerta de la cocina, con su fusil acuático.

—¿Estás bien, querido Boris?

—Sí. ¿Cómo están las cosas arriba?

—Todo terminado. Liquidamos a uno en las escaleras, a dos en la cubierta, y ahora a ése —señaló al hombre atravesado por el arpón—. Parece que estabas en apuros, ¿no?

—¿Quiénes han quedado vivos?

—Nadie.

—¿Ha muerto Claudia?

—Lo parece.

—Voy a subir a verla... Cuídate de Fabesham. Hay botiquín aquí mismo, en la cocina. Hazle una buena cura, Wayne.

—De acuerdo.

CAPÍTULO XIV

Claudia también había muerto. Boris Sokolov se quedó mirando durante unos segundos aquel bellissimo rostro, ahora lívido, crispado... Movi6 pesarosamente la cabeza y se puso en pie, mirando hacia las rocas que apenas sobresalían del agua, a popa del yate, a unas quinientas yardas.

Una vez más tiró de la ruedecilla de su reloj.

—Oscar.

—Dime, Boris.

—Ven ya con la chica de Fabesham.

—¿Puedo hinchar de nuevo el bote que hemos utilizado esta noche, o tengo que ir nadando?

—Venid en el bote. Por aquí todo ha terminado.

Bajó la ruedecilla y miró a los tres hombres-rana, que se dedicaban ahora a cubrir con una lona los cadáveres que habían ido colocando en un lado de la borda. Todavía pudo ver otra vez el rostro de Claudia Shearer antes de que la lona lo ocultase.

Los tres hombres-rana se quedaron mirando expectantes a Boris, que señaló el yate que estaba pegado de costado al de Fabesham.

—Id a echar un vistazo a ese yate. Yo espero a Oscar. ¿Están los demás esperando cerca, con la lancha grande?

—En Salina.

—Llamadlos por la radio de ese yate, en la onda establecida.

—Okay.

Los tres amigos saltaron al otro yate, ya sin los tubos ni el resto del equipo que pudiera molestarles.

Sokolov quedó en la borda, mirando hacia la lancha de color mar que se acercaba, impulsada por un pequeño motor.

Poco después, otro hombre-rana y Fanny Fabesham subían a

bordo. La muchacha se abrazó inmediatamente a Sokolov, asustada.

—Boris...

—Ve abajo, con tu padre.

—¿Y los demás? ¿Qué ha pasado? He oído...

—Ve abajo —gruñó el ruso, separándola rudamente.

CAPÍTULO XV

Cuando entró en el camarote de Fabesham, Fanny estaba allí, y también el hombre-rana que había atendido, en verdad expertamente, la herida del propietario del yate. Éste y su hija se quedaron mirando fijamente a Boris Sokolov, impresionados, asustados.

—La lancha con los demás ya debe estar en camino, Wayne —dijo Sokolov—. Phillip la ha llamado por la radio del otro yate. Sube a cubierta, cargad los cadáveres en ese yate y hundidlo. Cuando lleguen los demás, que os cedan la lancha, y regresad al continente. Cada uno a su puesto, esto ha terminado. Los que llegaron de Estados Unidos, que se queden en el yate de Fabesham. Les espera un largo viaje.

—Muy bien.

Wayne salió del camarote. Sokolov cogió uno de los blancos taburetes y se sentó ante los Fabesham, que estaban en el borde de la litera. No comprendían nada, además de estar asustados.

—Usted va a regresar a Estados Unidos, Fabesham —dijo.

—¿A Estados Unidos...? No... No quiero ir allá, no... Además usted es ruso, no comprendo... Lo del oro era cierto, todo era cierto... ¿Quién es usted?

—Lo del oro era cierto, en efecto. Y sucedió tal como yo le expliqué. Sólo que el ruso que escapó del ataque de la CIA cayó en nuestras manos, y nos dijo dónde había dejado caer realmente el oro. Luego nos pusimos en contacto con la CIA y llegamos a un acuerdo, conveniente para ambas partes. Mientras la CIA, para desorientar la más que posible vigilancia rusa, se dedica a simular que buscan el oro en la costa de Cerdeña, nosotros hemos venido a buscarlo. Podíamos haberlo hecho sin su ayuda, Fabesham,

ciertamente, ya que no pensamos colocarlo en el mercado negro, pero... había otros factores. Unos factores que le incluían a usted. Y se me ocurrió la idea de no arriesgar a mis compañeros, utilizarlo a usted y sus hombres para sacar el oro del fondo del mar mientras los rusos, con sus sospechas contra la CIA, deben estar vigilando a algunos agentes americanos que, puesto que el oro no aparecerá por allí, quedarán definidos, a fin de cuentas, como simples muchachos deportistas que han pasado unos hermosos días de vacaciones practicando la pesca submarina en aguas de Cerdeña. ¿Lo entiende?

—Creo que sí... Han engañado a los rusos, mientras yo y mis hombres sacábamos el oro...

—La CIA, que no quería dejar al descubierto a sus mejores agentes, nos pidió ese favor. Y aceptamos. A veces, digan lo que digan, la CIA y nosotros nos ayudamos mutuamente. Además, estaba el asunto de usted, que, por fin, había sido localizado en la Costa Azul... Nos ha costado algo más de diez años, Fabesham, pero lo hemos logrado. Desde hace tres meses, usted ha estado vigilado, controlado..., y por fin llegó el momento de actuar. Podíamos haberlo detenido, simplemente, pero nos pareció que sería buena idea utilizarlo para que nos ayudase. Hemos conseguido las dos cosas: el oro y usted. Ambos llegarán dentro de unos días a Estados Unidos.

—Pero si usted es ruso... No comprendo ese interés... ¡No comprendo lo que usted ha hecho, lo que pretende de mí! ¿Por qué ese interés por mí, Sokolov?

—¿Cuándo estuvo por última vez en Estados Unidos, Fabesham?

—No sé... ¡No lo recuerdo!

—Nosotros sí. La última fecha conocida fue el día veintidós de enero de mil novecientos cincuenta y ocho. ¿Recuerda el lugar?

—No... No.

—Nosotros sí. Fue en una granja, al sur de Florida, muy cerca de Homestead. ¿Prosigo?

Blasius Fabesham había palidecido ahora hasta el límite de un ser vivo. Su rostro estaba del todo desencajado, y sus labios temblaban fuertemente.

—No... No es posible...

—Parece que su memoria está reaccionando, Fabesham. Observo que ya recuerda el lugar y el día... ¿Hora?: las veintitrés horas

treinta minutos, aproximadamente. Allá, en aquella granja, usted mató por la espalda a dos agentes del FBI y escapó. Uno de los pocos que lo han conseguido, Fabesham. Aunque, claro, ya sabemos que su nombre no es realmente Blasius Fabesham... ¿No es cierto, señor Jonathan Tucker?

—No es posible...

—Ya ve que sí. Usted ha sido de los pocos que han tenido diez años de vida de regalo después de matar a un agente del FBI. Pero, Fabesham, huir del FBI no puede dar resultados eternos. Tarde o temprano, ustedes son encontrados.

—Se ha ensañado conmigo... Me ha estado utilizando, como... como si fuese un objeto, una máquina... Se ha burlado de mí, me ha humillado...

—Solamente me pareció que lo menos que podía hacer un hombre que asesinó a dos agentes del FBI era colaborar en evitarle trabajo y riesgos a otros hombres del FBI. Usted y sus matones lo han hecho bien, Fabesham. Ahora sólo le queda regresar a la patria para ser juzgado y ahorcado.

—No puede hacerlo... ¡No puede llevarme allá!

—¿No? ¿Por qué?

—Usted... ¿No es ruso? ¿Pertenece al FBI?

—Inteligente deducción, Fabesham. Por supuesto que pertenezco al FBI, destinado en Europa.

—Pero no... no puede llevarme... Tendrá que pedir la extradición, papeleos... Todo saldrá a relucir... Lo del oro, las muertes que ha habido... ¡Todo!

—Es posible.

—Además, estamos... estamos en aguas italianas... ¡Usted no tiene derecho a detenerme aquí, ni en Francia, ni en...!

Los dorados ojos de Boris Sokolov brillaron malignamente.

—Pero si yo no le detengo, Fabesham. Solamente le digo que se va a ir con unos compañeros míos a Estados Unidos. Un viaje simpático, de placer... Incluso podrá llevar a su hija, si quiere. Todos irán en su yate, tranquilamente. Y a todos quienes se les ocurriese preguntarle algo, usted, simplemente, les diría que iba con unos amigos a Estados Unidos, eso es todo.

—¡No iré allá! ¡No por mi voluntad, al menos!

—Como quiera, Fabesham. En este caso, tome mi lancha y

regrese a su villa..., que ya no es suya, puesto que está hipotecada, según entiendo. Parece que usted, si no le devuelvo sus cinco millones en efectivo, está completamente arruinado, ¿no es así?

—Usted... —jadeó Fabesham—. Usted lo ha hecho todo, lo ha planeado todo...

—He tenido esa satisfacción.

—No iré a Estados Unidos por mi voluntad... ¡No iré!

—De acuerdo, de acuerdo. Ya le digo que tome mi lancha y regrese al continente. Puede hacerlo con toda libertad, Fabesham. Un hombre de su capacidad siempre está dispuesto a empezar de nuevo, supongo. ¿O no?

—Sí... ¡Eso haré! ¡Usted no puede detenerme, no tiene autoridad aquí!

—Digamos que no queremos molestar a los gobiernos europeos con petición de extradiciones y cosas así —sonrió Sokolov.

—No iré... Voy a volver a Francia... O a Italia... Y allí empezaré de nuevo...

—Magnífica idea. Espero que recuerde que el mejor modo de empezar de nuevo es pagar las deudas atrasadas.

—¿Las deudas...?

—Me refiero a su amigo Reinaldi, de Génova... ¿Qué le dirá cuando se presente a pedirle sus dos millones, más el medio de beneficios? ¿Qué excusa le dará al terrible Reinaldi, que dispone de expertos asesinos para los deudores... morosos como usted?

—Me matará... ¡Reinaldi me matará!

Sokolov asintió con la cabeza, sonriendo malignamente.

—Reinaldi es muy malo... —asintió—. Hasta es posible que se sienta molesto con Fanny, Fabesham. ¿Quién sabe? Reinaldi podría ser de esos tipos que llevan su *vendetta* a todos los miembros de la familia enemiga... Y dos millones de dólares son... muchos dólares para estafar a un tipo como Reinaldi.

—Usted lo planeó eso también... Por eso sus amigos raptaron a mi hija, querían obligarme a comprometerme con alguno de mis amigos que se dedican a estos negocios... Yo tuve que pedir el dinero, y ahora... ahora no puedo volver, porque Reinaldi me mataría si dentro de quince días no le pagaba los dos millones y medio...

—En Estados Unidos es posible que viva algunos meses. Será un

juicio un poco largo, molesto... Hasta que lo ahorquen, es posible que pase incluso medio año. Ya ve si somos generosos los del FBI: medio año de vida contra medio mes que le ofrece Reinaldi. Usted elija, simplemente.

—Dios...

—Monstruo... —jadeó Fanny—. ¡Eres un monstruo, Boris Sokolov!

El rubio y apuesto Sokolov se puso en pie, sonriendo fríamente.

—Te equivocas, querida. Solamente soy... una mosca. Una mosca más de las que acuden en busca de miel. Sólo que mi miel no es la misma que os gusta a vosotros. La miel que me gusta a mí, la miel que nos gusta a los del FBI, son las personas como tu padre. Y allá donde exista esa clase de miel, allá acudirán siempre las moscas del FBI, aunque tarden diez, cincuenta o cien años. Bien, Fabesham; estoy esperando su decisión.

FINAL

El rubio, atlético y muy apuesto individuo de ojos dorados se detuvo delante de la puerta de aquel pequeño hotelito de Villa Borghese, en Roma. Se arregló la corbata, dio un simpático manotazo al ramito de flores, y llamó al timbre.

La puerta la abrió una muchacha morena, de enormes ojos negros, de una espléndida belleza, que, sin discusión, inclinaría a los doce miembros de un hipotético jurado de belleza a su favor. Llevaba unos pantaloncitos largos, muy livianos y modernos, y una blusita roja anudada a la cintura. Eso era todo. Iba descalza.

—¡David! —exclamó—. ¡Por fin has vuelto!

Se echó en brazos del gigante rubio, y le besó tan larga y profundamente, que el crepúsculo casi se convirtió en noche. Por fin, se separó una décima de pulgada, y musitó:

—No me has enviado ni siquiera una postal...

—Ejem... Yo... no tuve tiempo. ¿Puedo entrar en casa de mi novia, sí o no? Es feo besarse en la calle.

—¡No es feo! —rió ella—. ¡Pero prefiero besarte dentro!

Y lo hizo. Cuando los dos estuvieron dentro del hotelito, y la puerta estuvo cerrada, la muchacha lo besó otra vez, con el mismo entusiasmo que la primera.

—¿Has vuelto para casarnos, por fin? —gimió luego.

—¿Casarnos? Bueno, es... una idea que habrá que considerar...

—¿Considerar? —Ella golpeó el suelo con uno de sus descalzos piececitos—. ¡David Richards, no quiero esperar más! ¡Estoy harta de esperar a un hombre que de cuando en cuando desaparece sin dejar rastro, y que vuelve cuando quiere!

—Mujer... Fui a ayudar a un amigo, que no encontraba el modo de entrar en Estados Unidos...

—¿Sí? ¿Adónde fuiste?

—Pues a Cannes, a Jean-les-Pins... En la Costa Azul, claro. Mi amigo tenía unos deseos enormes de entrar en Estados Unidos, no sabía cómo conseguir los permisos necesarios...

—Y tú se lo has arreglado todo, naturalmente.

—Oh, sí —el rubio David Richards sonrió de un modo extraño—. Se lo he arreglado todo, Simonetta: ahora ese amigo está camino de Estados Unidos, sí... Y allá lo están esperando con los brazos abiertos.

—¿Sabes arreglar los asuntos ajenos y los tuyos no?

—Bueno...

—¿No quieres casarte conmigo?

—Pues... Ya sabes que no gano demasiado... Soy sólo un modesto representante de televisores americanos en Roma, y...

—Eso es suficiente para mí.

—Bueno...

—No te entiendo... —musitó la muchacha—. ¿Acaso no me quieres, David?

—Oh, sí. Sí.

—¿Te parezco fea, quizá?

—¡No!

—¿No soy cariñosa, amable, simpática...? ¿No estoy loca por ti? ¿Qué más puedes pedir? ¿No soy dulce contigo, no son mis labios como miel en tu boca, no son...?

—¡No! ¡Nada de miel! —exclamó David Richards—. Mira, Simonetta... Te adoro. Nos casaremos lo más pronto posible, te diré a qué me dedico realmente, tendremos un par de *bambinos*, y todo eso... ¡Pero no vuelvas a decir que tus labios son miel!

—¿Por qué? No comprendo qué puede...

—Ejem... Son frescos como flores, suaves como la brisa del mar, tiernos como suspiros... Son todo. Menos miel.

—¿Qué te pasa? David Richards, ¿qué tienes tú contra la miel?

—Pues... Bueno, es que cuando alguien habla de miel, me acuerdo de unos versos que oí en España, hace algún tiempo. Si no recuerdo mal, decían algo así...

«A un panal de rica miel,
diez mil moscas acudieron,

que por golosas murieron,
presas de patas en él».

FIN

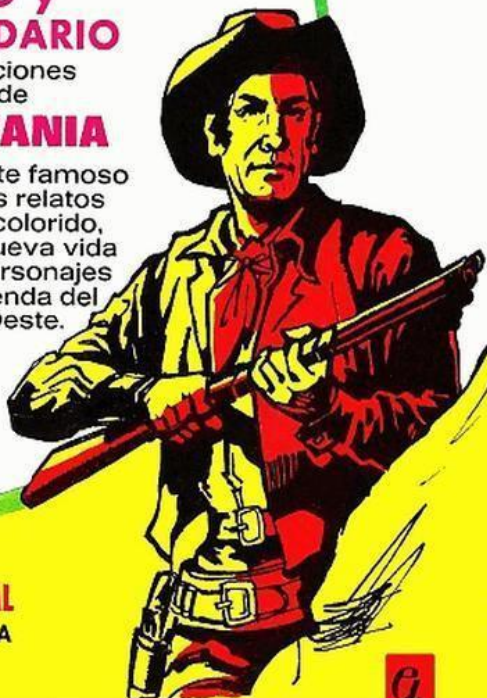
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle...